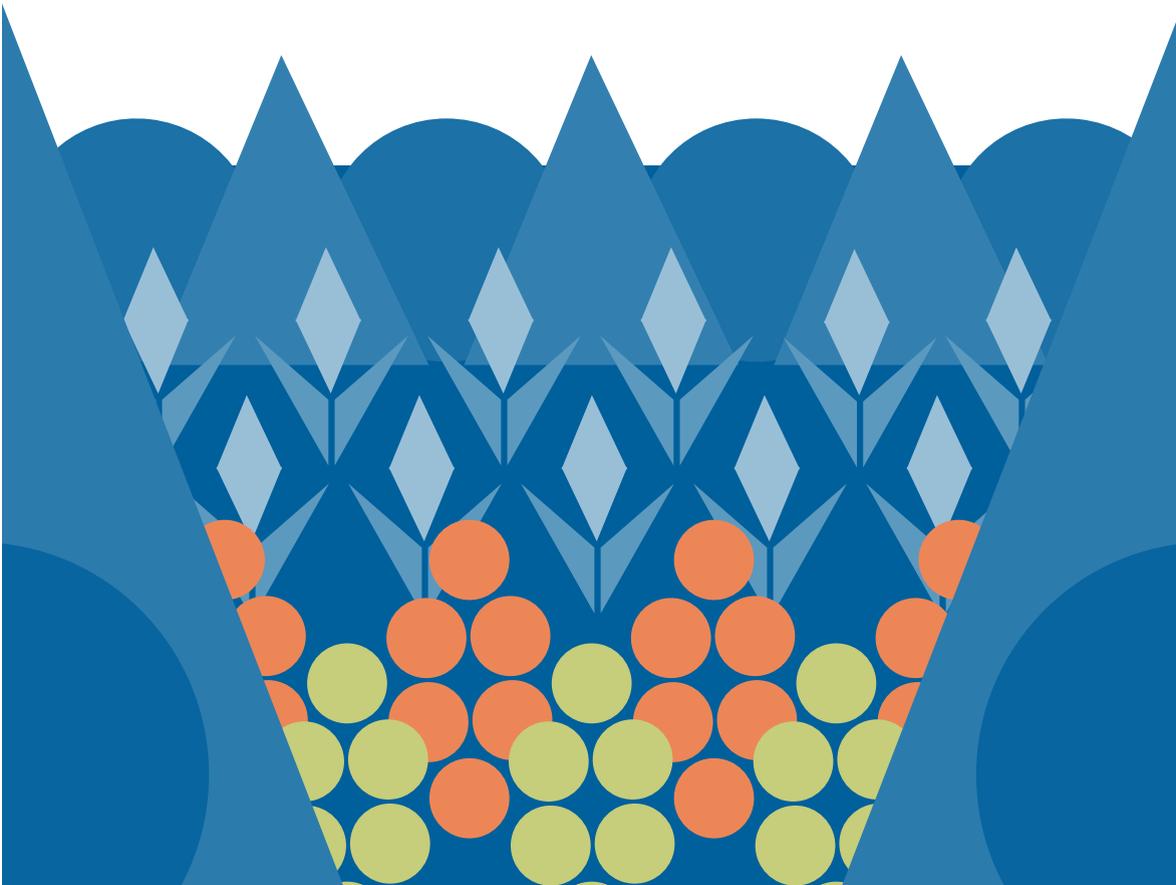


IV

Mujeres productoras en la crisis económica y ambiental tras el auge de la quinua en el altiplano sur de Bolivia



Daniela Romero Romay

Es socióloga por la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca, con una maestría en Desarrollo Social del Postgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés. Sus principales áreas de investigación son desarrollo rural con enfoque de género, capital social, empleo y medioambiente. Ha trabajado como especialista socioeconómica en el proyecto Climate Change and Socioeconomic Changes Impacting the Coverage and Management of Bolivian Andes, de la NASA y la Universidad de Misuri (EEUU). Trabajó como investigadora en el CIDES–UMSA y en la Fundación INESAD, en diversos proyectos en desarrollo rural y social impulsados por la Universidad de Navarra, la Universidad de Groningen, el Banco Interamericano de Desarrollo y Enfermeras para el Mundo. Es parte del Programa Transdes de la Universidad Libre de Berlín, como investigadora tesista en desarrollo ambiental.

Mujeres productoras en la crisis económica y ambiental tras el auge de la quinua en el altiplano sur de Bolivia

Daniela Romero Romay

Agradecimientos especiales al Proyecto FATE de la Universidad de Berna y el CIDES – UMSA por su respaldo en el trabajo de campo y el acercamiento con las productoras

Resumen

El auge económico de la quinua en Bolivia impactó de manera decisiva en la dinámica productiva de las comunidades del altiplano, donde impulsó grandes transformaciones económicas, tecnológicas, sociales y ambientales. Con el aumento de los precios y, por consiguiente, de los ingresos de los productores se incrementó además la inversión en tecnología y la especialización del monocultivo a través de la ampliación de la frontera agrícola que implicó una redistribución de la tierra disponible. En este contexto, nuevos actores tuvieron la posibilidad de participar de manera más contundente en las distintas etapas de la producción, así como en espacios de decisión; este es el caso de las mujeres, que aumentaron y visibilizaron considerablemente su participación en el mercado de la quinua y así sus roles tradicionales en el hogar y en la producción se expandieron a otros ámbitos, haciéndose cada vez más integrales y decisivos. De esta manera, se convirtieron en administradoras tanto de la producción como de sus hogares, comunidades y asociaciones, consolidando poco a poco su poder político. Sin embargo, la caída de precios de la quinua desde 2015, demanda nuevos retos en las productoras que, si bien están empoderadas económica y políticamente, siguen estando limitadas por sus obligaciones en el hogar.

Palabras clave: quinua, mujeres, auge económico, crisis ambiental, prácticas productivas.

1. Introducción

Los avances logrados por el movimiento indígena en los últimos 20 años, incluidos en constituciones y marcos jurídicos de diferentes países latinoamericanos, contrastan con una realidad en la que estos gobiernos se someten a intereses de grupos de poder, corporaciones transnacionales y nuevas lógicas de mercado, que intensifican el uso del suelo, provocando desequilibrios en los ecosistemas. De esta manera, los proyectos de explotación de recursos naturales que conllevan un alto costo ambiental y social se incrementan y afectan de manera directa a los pueblos indígenas, que se ven obligados a movilizarse por la preservación de sus recursos, con el fin de generar fuentes sostenibles de bienestar. Pero, además, esta situación afecta especialmente a los sectores poblacionales más vulnerables, como las mujeres rurales.

En este contexto, este documento desarrolla un estudio de caso en el que se analiza el rol y situación de las mujeres productoras de quinua de la provincia Nor Lípez de Potosí, en el altiplano sur de Bolivia, a partir de los cambios socioambientales que provocó el auge y la actual crisis de los precios de este producto.

El aumento de los precios de la quinua iniciado en 2008 transformó las dinámicas de producción a nivel tecnológico, económico, ambiental y social. Estos cambios impulsaron la aparición de nuevas formas de participación económica en el mercado nacional e internacional, generando un incremento importante en la inversión. De esta manera, con el respaldo de políticas gubernamentales, se inició un proceso de ampliación de la frontera agrícola, estableciéndose nuevos mecanismos de distribución de las tierras en las comunidades, con la progresiva reducción de las áreas de pastoreo. Esto trajo, a su vez, impactos ambientales como la erosión de los suelos y la eliminación de especies vegetales nativas; además, la expansión del monocultivo provocó la aparición de plagas cada vez más resistentes y abundantes, por lo que también se generalizó el uso de plaguicidas más nocivos.

Sin embargo, los cambios más sobresalientes se produjeron a nivel socioeconómico, puesto que se conformaron nuevos espacios de generación de ingresos y participación laboral, así como espacios de decisión y participación política, como las asociaciones de productores. Estos cambios influyeron en las condiciones de las mujeres, al brindarles la posibilidad de visibilizar e incrementar su intervención

en la producción y lograr mayor acceso y control sobre sus ingresos. No obstante, siguen enfrentando limitaciones debido a su rol diferenciado en el hogar, al constituirse en las principales responsables de las labores domésticas y el cuidado de la familia, lo que impacta de manera significativa en su forma de relacionarse con su entorno social y ambiental.

Con la caída de los precios de la quinua, desde 2015, los productores y productoras debieron buscar nuevas alternativas para mantenerse vigentes en un mercado cada vez más exigente y competitivo. Para lograr la conservación y sostenibilidad de la producción, entonces, adoptaron nuevas prácticas productivas, o bien retomaron otras tradicionales que fueron relegadas durante el tiempo del auge. Sin embargo, los desafíos aún son muchos, ante el cada vez más evidente e intenso cambio climático en la región.

1.1. Antecedentes

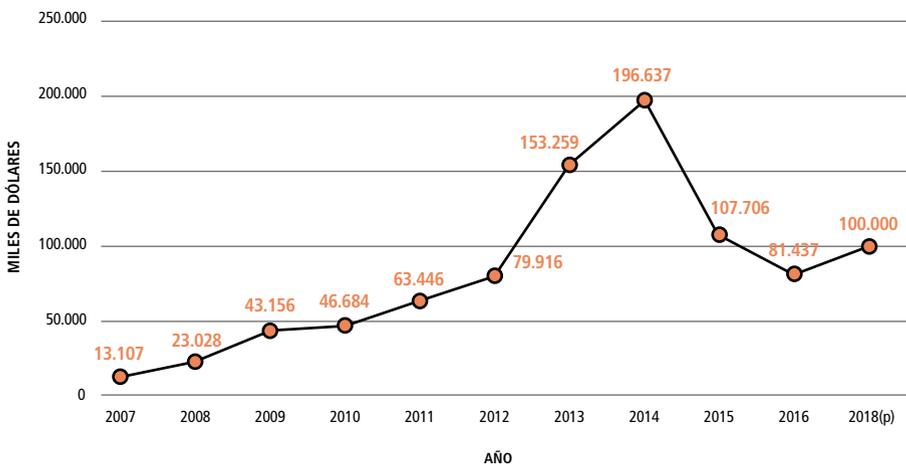
Este trabajo tiene como principal antecedente los resultados obtenidos en 2016 por el estudio “Auge económico y empoderamiento de las mujeres. Analizando los factores que empoderan a las productoras de quinua de las asociaciones Soproqui y ARPAIAMT (2015- 2016)”, realizado en el marco del proyecto Feminization Agricultural Transition and rural Employment (FATE) de la Universidad de Berna, y que tuvo por objetivo analizar los factores que influyeron en la composición del empoderamiento de las mujeres productoras de quinua de la Sociedad de Productores de Quinua Real Ecológica (Soproqui) y de la Asociación Regional de Productores Agropecuarios Integrales de los Ayllus del Municipio de Tomave (ARPAIAMT), después del auge económico en dos provincias del altiplano sur boliviano: Nor Lípez y Antonio Quijarro. Bajo estos parámetros, los principales resultados revelan que, a partir de la caída de los precios de la quinua y el fin del auge en 2015, la sostenibilidad del manejo tradicional del cultivo se encontraría amenazada por el creciente mercado de exportación, pero sobre todo por los daños ambientales causados por la expansión de la mecanización y del cultivo intensivo.

La ampliación de la frontera agrícola generó la intensificación del monocultivo, lo que llevó a la reducción de las áreas de pastoreo, así como de algunas zonas de barreras vivas. Esto provocó la aparición de plagas mucho más nocivas y abundantes, por lo que muchos productores debieron recurrir al uso de pesticidas químicos cada vez

más nocivos, en tanto que los productores asociados a Soproqui recurrieron a pesticidas elaborados por ellos mismos a partir de especies nativas (Romero, 2016).

Desde 2008, con la constante subida de los precios alrededor del mundo, las familias empezaron a vender sus llamas y ovejas con el fin de invertir en maquinaria y ampliar la producción de quinua en las tierras comunales de pastoreo (Laguna, 2011). Hasta algunos años antes, la quinua era consumida sobre todo por los habitantes del campo, pero con su súbita expansión por todo el mundo, las Naciones Unidas declaró 2013 como el Año Internacional de la Quinua, con lo que la producción a nivel mundial pasó de 60.000 a más de 250.000 toneladas anuales en el transcurso de diez años (Ismar, 2017).

Figura 1. Valores de las exportaciones de quinua (2007-2018)



Fuente: Romero *et al.* (2019).

La quinua, entonces, se convirtió en el alimento nutritivo de moda, despertó el interés de muchos productores nacionales y motivó la recampesinización de las áreas rurales. Pero, además, la región ganó mucha popularidad turística lo que significó otra fuente de ingresos y de inversión. De esta manera se produjo la adaptación de un nuevo modelo productivo que tuvo como consecuencia el cambio de muchas normas comunitarias y una expansión sin precedentes de la demanda de mano de obra, lo que provocó que hombres y mujeres participaran del mercado laboral de manera más igualitaria.

Como nunca antes, las mujeres tuvieron oportunidades para mejorar sus capacidades y niveles de participación social y política dentro de sus hogares, asociaciones y comunidades; además, como resultado de la redistribución de la tierra que también las tomó en cuenta, pasaron a ser sujetos de crédito, lo que repercutió en su empoderamiento económico (Biermayr, 2016; Romero, 2016). No obstante, a pesar de estos avances, aún existe una brecha a nivel de crédito de carácter empresarial, dado que solo un 2 % de los créditos para productores de quinua en la región fue otorgado a mujeres emprendedoras (Biermayr, 2016: 22). Las fuentes más efectivas de financiamiento para emprendimientos femeninos fueron las financieras de las asociaciones de productores, como la Financiera y Asociación Agropecuaria del Altiplano Sur (FAAAS), el “brazo económico” de Soproqui (Romero, 2016: 124).

A pesar de que las mujeres pudieron aprovechar muchas de estas oportunidades, los beneficios no llegaron a todas por igual debido a factores como carencia de capital de arranque, bajos niveles educativos, baja capacidad de diversificación de ingresos y, principalmente, la incompatibilidad de las iniciativas productivas con sus responsabilidades domésticas.

Sin duda, la mayoría de los productores y productoras accedieron a valiosas oportunidades de mejora de sus condiciones; sin embargo, llegada la crisis de los precios muchos debieron enfrentar duros desafíos, en especial las mujeres, pues la transición les exigió no solo adaptarse a condiciones económicas y ambientales aún más adversas, sino también mantener los beneficios adquiridos para lograr la sostenibilidad de la producción, al ser su principal fuente de ingresos.

1.2. Contexto geográfico

La principal región productora de quinua en Bolivia es el altiplano, particularmente el altiplano sur, la zona más seca del país, donde la época de lluvias empieza recién en enero y alcanza en promedio apenas entre 50 y 200 milímetros. Como señalan Gandarillas *et al.* (2013) la temperatura media anual es de 5,7 °C; durante la estación de cultivo, entre diciembre y marzo, varía entre 11 °C y 18 °C; y entre abril y julio la mínima llega a -11 °C. “El extremo oeste y sudoeste prácticamente es un desierto. La cordillera es rocosa y mineralizada, siendo inservible para la producción agrícola o ganadera, excepto algunas áreas con cerros de origen volcánico donde los agricultores han desarrollado técnicas muy especiales

para la producción de quinua exclusivamente manual” (Gandarillas *et al.*, 2013: 423-424).

Figura 2. Bolivia: mapa satelital de la provincia Nor Lipez



Fuente: Google Earth 2020.

El altiplano sur engloba las provincias Daniel Campos, Antonio Quijarro, Nor y Sud Lipez y Enrique Baldivieso del departamento de Potosí; y Ladislao Cabrera, Eduardo Abaroa y Sebastián Pagador de Oruro. Nor Lipez, el epicentro de la quinua, cuenta con un área de 28.187 Km²; divididos en dos municipios: Colcha K, su capital, y San Pedro de Quemes. La mayoría de los pobladores se especializa en la producción de quinua y forma parte de la zona agroecológica del intersalar que produce quinua real, una variedad de grano grande, atribuible al genotipo y la interacción con el medioambiente (Laguna, 2011; Gandarillas *et al.*, 2013). Las variedades mejoradas en el altiplano sur son qusña y horizontes y las seleccionadas, mañiqueña y qanchis blanca; en total se cultiva más de 20 variedades locales, aunque las preferidas son la real blanca, chaku, pandela, toledo y phisanqalla que se exportan al mercado internacional, principalmente, europeo (Gandarillas *et. al.*, 2013; Winkel *et. al.* 2013). La crianza de llamas fue un rubro importante durante muchos años en la región y en muchos casos se complementaba con la producción agrícola. Sin embargo, con la introducción del tractor y el cultivo extensivo de quinua, pasó a un segundo plano.

La producción de quinua, que antes se concentraba en el intersalar, actualmente se amplió a los municipios de Uyuni al este, Chipaya al oeste, Santiago de Huari y Andamarca al norte. Esta zona, predominantemente de planicie, favorece el trabajo con tractor y facilita de tal manera la expansión que la sostenibilidad de la producción de quinua y la crianza de camélidos corren serio riesgo si no se toman medidas de manejo y control de la tierra y la vegetación (Laguna, 2011; Gandarillas *et. al.*, 2013; Winkel *et. al.*, 2013).

2. Planteamiento del problema

Los cambios arriba descritos, derivados del auge económico de la quinua, generaron la constante reducción de las áreas de pastoreo, intensificando la pérdida de la biodiversidad y la erosión de los suelos; a lo cual se sumó el proceso de recampesinización antes mencionado.

La política de ampliación de la frontera agrícola, impulsada durante la última gestión de gobierno de Evo Morales (2015-2019), fomentó el potencial de los productores de la región, brindándoles mayores oportunidades de expansión y especialización. No obstante, estas vinieron de la mano de la profundización de algunas desigualdades y la afectación de los ecosistemas (Jacobsen, 2011; AVSF, 2014; Romero, 2016; Neri, 2017). Ya desde antes este modelo de desarrolló había incentivado notoriamente la producción de quinua hasta que en 2013 se dio el primer descenso en los precios como consecuencia de un incremento en la competencia internacional (Neri, 2017), situación que llevó a tomar nuevas medidas como la búsqueda de otros mercados, en especial China. Sin embargo, el escenario favorable no volvió sobre todo por la imposibilidad de competir con otros países mejor equipados como Perú.

Uno de los grandes aportes del auge, fue la reducción significativa de la brecha económica de género (Biermayr, 2016; Romero, 2016), aunque con la crisis de los precios de 2015 algunas mujeres que habían logrado mejoras en su condición volvieron a una situación de inestabilidad económica y se enfrentaron a un nuevo desafío ambiental. Por lo tanto, aun cuando el auge generó muchas ventajas, fue gestionado de manera improvisada y con pocas repercusiones estructurales.

Si bien el Estado boliviano logró avances para alcanzar la igualdad legal y política de las mujeres, sobre todo del área rural, estas aún se encuentran atrapadas en un patrón de sobreexplotación y subvaloración (Romero, 2016; Flores, 2011) que las arrastra y mantiene en condiciones desiguales. Esto sin duda influye de manera directa en la relación con su entorno y amenaza con posicionarlas en un lugar a la vez privilegiado, pero más vulnerable. Y es que, al ser las principales administradoras del hogar, formar parte de la producción agrícola de manera especializada y ocupar una posición cada vez más visible en los espacios de decisión, además de ser depositarias de conocimientos tradicionales, las mujeres se convierten en actores clave para el futuro de la producción de quinua.

2.1. Objetivos y alcances de la investigación

Este trabajo busca constituirse en un referente para el análisis de los nuevos procesos agrícolas en el altiplano boliviano, en el contexto de la intrusión del modelo de mercado dentro de la agricultura tradicional de productos no tradicionales de exportación, como la quinua. La agricultura es la fuente de empleo más importante para hombres y mujeres en las regiones más pobres del mundo, más aún cuando se trata de una agricultura a pequeña escala que constituye el motor principal de desarrollo y crecimiento rural (FIDA, 2011: 9-16). El papel de las mujeres en la agricultura es de vital importancia, puesto que son las principales responsables de la seguridad alimentaria de la familia, la administración y distribución de los ingresos, la transformación y mejora los medios de subsistencia y diversas tareas en agricultura y crianza de los animales, actividades que impulsan no solo las economías rurales, sino incluso las nacionales (Barrientos, 2007: 5).

Los auges económicos agrícolas brindan a las mujeres grandes oportunidades ligadas sobre todo a un mayor acceso a recursos como la tierra. Empero, el aprovechamiento de estas oportunidades depende claramente de sus capacidades sociales, económicas, educativas y políticas previas. Al llegar a su fin, dichos auges generan gran inestabilidad, lo que afecta más a las mujeres, sobre todo a aquellas que dependen de manera principal o exclusiva de estos ingresos. En este sentido, el alcance de esta investigación es describir y reflexionar sobre las condiciones de las mujeres productoras de quinua del altiplano sur de Bolivia, en el actual contexto de crisis, al considerarlas como actores con gran potencial para promover la sostenibilidad de esta actividad. Bajo estos parámetros, se tiene como principales objetivos:

- i) Describir las condiciones socioeconómicas y políticas en que se encuentran las productoras de la asociación Soproqui desde el fin del auge hasta la actual crisis del precio de la quinua.
- ii) Identificar el tipo de acceso y uso de la tierra que tienen las mujeres productoras de quinua afiliadas a Soproqui desde el fin del auge.
- iii) Evidenciar el modo en que se modificaron las prácticas productivas de las mujeres productoras de Soproqui, desde el auge hasta la actual crisis.

3. Metodología y fuentes de información

El análisis desarrollado en este estudio es de tipo longitudinal y diacrónico, puesto que engloba el rol de las productoras de quinua a partir de los cambios socioambientales generados desde el fin del auge en 2015, hasta la crisis económica de 2020. Los actores analizados son las mujeres productoras asociadas a Soproqui en la provincia Nor Lítez de Potosí. Se toma como objeto de estudio a este colectivo debido a que constituye uno de los más importantes de la región, al ser dependiente directo de la Asociación Nacional de Productores de Quinua (Anapqui). Aunque Soproqui tiene su sede en Uyuni, rige para las provincias Nor Lítez y Daniel Campos, e incluso para algunas comunidades de la provincia Antonio Quijarro.

En cuanto a la metodología, las principales técnicas de recojo de información fueron entrevistas semi estructuradas, grupos focales y revisión bibliográfica. Se consideró bases de datos de fuentes primarias con entrevistas y grupos focales efectuados en 2015 por el proyecto FATE, así como entrevistas propias realizadas en 2020. Asimismo, se incluyó resultados presentados en dos informes desarrollados sobre la encuesta FATE en 2015 y 2019.

La sistematización de esta información estuvo enmarcada en seis dimensiones principales de análisis, identificadas a partir de los tres objetivos específicos del estudio: i) organización dentro y fuera del hogar; ii) administración de la producción; iii) viabilidad económica; iv) participación en espacios de decisión; v) acceso y uso de la tierra comunal y vi) prácticas productivas frente a los cambios ambientales. Estas dimensiones fueron desarrolladas a partir de la estructura de

indicadores de la encuesta FATE y los indicadores RISE⁶⁰ (Response-Inducing Sustainability Evaluation), desarrollados por la Universidad de Berna. A continuación, se presenta la matriz completa del estudio.

Tabla 1. Matriz metodológica del estudio

Objetivos específicos	Preguntas de investigación	Variable o dimensión
Objetivo 1 Describir las condiciones socioeconómicas y políticas en las que se encuentran las productoras de la asociación Soproqui desde el fin del auge hasta la actual crisis del precio.	¿Cuáles son las condiciones socioeconómicas y políticas de las mujeres productoras de quinua?	1.1. Organización dentro del hogar y la producción agrícola.
		1.2. Administración de la producción.
		1.3. Viabilidad económica.
		1.4. Participación de las mujeres en espacios de decisión.
Objetivo 2 Identificar el tipo de acceso y uso de la tierra de las mujeres productoras de quinua de la asociación Soproqui a partir de la crisis posterior al auge.	¿Cuál es el tipo de acceso y uso de la tierra que tienen las mujeres productoras de quinua?	2.1. Acceso y uso de la tierra comunal.

60 RISE es un método informático desarrollado en BFH-HAFL que facilita una evaluación holística de las operaciones agrícolas. La evaluación se basa en diez indicadores que reflejan aspectos ambientales, económicos y sociales. La fuente de datos más importante es una entrevista con el agricultor basada en un cuestionario predeterminado. Los datos evaluados se visualizan como un polígono de sostenibilidad y sirven de base para un diálogo de retroinformación en el que el agricultor y el consultor capacitado de RISE identifican conjuntamente las posibilidades de mejorar el rendimiento de la sostenibilidad de la explotación agrícola. El enfoque de RISE complementa los sistemas de control y certificación existentes. También puede emplearse con fines de vigilancia y permite visualizar las tendencias de sostenibilidad a nivel de cada explotación agrícola y a escala regional (tomado de: <https://www.bfh.ch/haf/en/research/reference-projects/rise/>).

Objetivo 3

Evidenciar el modo en que se modificaron las prácticas productivas de las mujeres productoras de Soproqui desde el auge hasta la actual crisis del precio.

¿De qué manera se modificaron las prácticas productivas de las mujeres productoras de quinua para enfrentar la crisis?

3.1. Prácticas productivas frente a los cambios ambientales.

Fuente: elaboración propia.

4. Enfoque teórico del estudio

4.1. La nueva ruralidad y los modelos de producción agrícola en la actualidad

En las primeras décadas del siglo XX las economías campesinas empezaron a coexistir con otros modos tradicionales de gran propiedad y nuevas formas de explotación de la tierra, orientadas al mercado internacional bajo modalidades y lógicas capitalistas. Esto influyó de manera directa en el desarrollo de las comunidades, pues provocó la aparición de nuevas relaciones económicas, sociales y políticas que, a su vez, profundizaron diversas desigualdades entre y dentro de determinados grupos sociales.

En este contexto, la corriente teórica de la nueva ruralidad señala que el campesinado no ha desaparecido, sino que se ha transformado de tal manera que la gran avanzada capitalista no pudo eliminarlo por completo. Además, postula que debido a la complejidad del contexto actual, la interrelación entre espacios rurales y urbanos es más estrecha y densa; las formas de comunicación e interrelación y la movilidad espacial de las familias son mucho mayores; se multiplicaron los repertorios de actividades y oportunidades económicas, sociales y políticas de los pobladores rurales y, por consiguiente, se modificaron las estrategias de vida de las familias (Díez, 2014: 21-23).

Según Van de Ploeg, actualmente la agricultura se caracteriza por tres trayectorias de desarrollo básicas e interdependientes: i) una fuerte tendencia hacia una industrialización trascendental y multifacética; ii) un proceso de recampesinización, a

menudo latente, pero generalizado y iii) un proceso de desactivación, en algunos países (Van der Ploeg, 2010: 19). En este contexto, la composición de las familias rurales se ha modificado y la evidencia parece apuntar a una nueva familia nuclear rural más pequeña, con mayor nivel educativo, mayor movilidad y, eventualmente, con separación residencial de sus miembros. Se trata de familias rurales interconectadas con espacios urbanos que acuden y participan de mercados diversos y mantienen vínculos múltiples con el entorno globalizado (Díez, 2014: 20-21).

No obstante estos cambios, la tierra sigue constituyéndose en un recurso de gran importancia con múltiples revaloraciones en varios sentidos: no solo cambia su valor transable y se elevan los precios de venta; además, la tierra es valorada por lo que puede brindar como un patrimonio y un factor de producción, junto con todos los otros recursos que vienen con ella, es decir, el agua y la vegetación (Díez, 2014: 42). Van der Ploeg (2010: 86-87) señala que

...la tierra directamente poseída por familias de agricultores también se encuentra sujeta a arreglos institucionales importantes. (...) uno de los más importantes es la costumbre de transferir la tierra de una generación a la otra por un precio que es más bajo que el valor del mercado (...) de tal manera que los costes financieros y los costes de transacción se reducen considerablemente.

Paralelamente, los cambios en las formas de propiedad y el manejo de grandes extensiones de cultivos modifican también diversas características de la producción: varía el conjunto de cultivos que se orienta en zonas de expansión a cultivos comerciales; se generan eslabonamientos con la pequeña producción y la producción campesina adyacente a grandes explotaciones; cambian en parte las reglas y condiciones de manejo del recurso agua (Díez, 2014: 42).

La reubicación de la agricultura en la naturaleza juega un papel central, puesto que esto conlleva el redescubrimiento y desarrollo de nuevas formas de diversificación y cooperación local.

La diversificación se refiere a aquellas actividades que aumentan el valor agregado por producto producido. Expresiones características son la agricultura orgánica, la producción de alta calidad, la producción de especialidades regionales, el procesamiento en finca y la comercialización

directa. La diversificación también se refiere a la inclusión de actividades no agrícolas en la finca, nuevamente incrementando el valor agregado en su ámbito (Van der Ploeg, 2010: 230).

A pesar de que la agricultura campesina se encuentra sometida a las grandes transnacionales de alimentos, el campesinado se resiste, a veces de manera abierta y masiva, pero sobre todo de manera disimulada e intangible, consiguiendo escaparse de las presiones o incluso superándolas (Van der Ploeg, 2010: 31). Esta desarticulación dio pie a una nueva forma de cooperación rural, las denominadas cooperativas territoriales que buscan mejorar las relaciones entre los agricultores y el Estado, a partir de la introducción de nuevas formas de autorregulación y novedosas estrategias para el desarrollo (Van der Ploeg *et al.*, 2002).

Las cooperativas territoriales funcionan como espacios de búsqueda y construcción de cooperación regional, puesto que sus integrantes tratan de incorporar a sus prácticas agrícolas actividades orientadas hacia el mejoramiento del medioambiente, la naturaleza y el paisaje (Wiskerke *et al.*, 2003: 3). El cuidado del medioambiente y la gestión de la naturaleza implican procesos de aprendizaje y colaboración, por lo que la construcción de sostenibilidad requiere de la cooperación regional para revestir exitosamente las fricciones y limitaciones inherentes a los conjuntos de reglas generales definidas por sistemas expertos y el Estado. En este sentido, las cooperativas se convierten en espacios de búsqueda y construcción de nuevas formas de gobernanza rural (Van der Ploeg, 2010: 265-266).

De esta manera, las características de la nueva ruralidad pueden ser resumidas en cinco puntos centrales: i) la pluriactividad de las familias; ii) la mayor participación del mercado en los modelos productivos tradicionales; iii) la combinación de actividades tradicionales / no tradicionales, locales / regionales y rurales / urbanas; iv) la necesidad de adaptación a los cambios climáticos, geográficos y mercantiles; y v) la asociatividad que constituye un elemento importante de crecimiento, acumulación e inserción en el mercado.

Sin duda, el contexto y las lecturas sobre las sociedades agrarias han cambiado, así como la naturaleza de las dinámicas y prácticas de los pobladores rurales. Es evidente que ya casi no se habla de sociedades tradicionales y sí más bien de

grupos de productores integrados al mercado y a la sociedad en diversas condiciones y dimensiones, con orientaciones propias y compartidas y con resultados económicos distintos.

4.2. Mujeres y nueva ruralidad: desigualdades más allá del género

Las construcciones teóricas sobre la relación de los seres humanos con la naturaleza no pueden obviar una mirada analítica hacia las relaciones entre géneros. Existen conexiones importantes entre la dominación y la opresión de las mujeres y la dominación y la explotación de la naturaleza. Desde el punto de vista patriarcal, se identifica a las mujeres como más cercanas a la naturaleza y a los hombres como más apegados a la cultura; a su vez, se considera a la naturaleza como inferior a la cultura y de ahí se desprende que las mujeres sean consideradas inferiores a los hombres (Agarwal, 2004: 241).

Bina Agarwal (2004: 239) postula el ambientalismo feminista como corriente teórica para explicar la relación de las mujeres y de los hombres con la naturaleza que, en su criterio, está enraizada en su realidad material.

...debido a que hay una división del trabajo y una distribución de la propiedad y del poder basada en género y clase, los mismos estructuran la interacción de las personas con la naturaleza y así estructuran los efectos del cambio ambiental sobre los individuos y sus respuestas a él (Agarwal, 2004: 249).

Mientras el conocimiento sobre la naturaleza se basa en la experiencia, la división del trabajo, de la propiedad y del poder que le dan forma a la experiencia, también le da forma a este conocimiento y experiencia.

Las mujeres pobres de origen campesino estuvieron tradicionalmente a cargo de los cultivos y de conseguir la leña, el agua y el forraje, por eso la degradación ambiental las afecta negativamente de manera muy concreta. Sin embargo, en el transcurso de su interacción cotidiana con la naturaleza también adquieren un conocimiento especial sobre variedades de especies y los procesos de regeneración natural. Por lo tanto, son al mismo tiempo víctimas directas de la destrucción de la naturaleza y actores con un conocimiento particular de esta con respecto a los hombres de su misma clase social (Agarwal, 2004: 249).

Debido a que las mujeres son las principales recolectoras de leña, forraje y agua, el agotamiento de los bosques, la escasez o contaminación de aguas y el deterioro de los suelos inciden directamente en su rutina diaria. El tiempo adicional que se necesita para la recolección de agua potable reduce la disponibilidad de las mujeres para producir cultivos y puede afectar de manera adversa los ingresos por las cosechas, sobre todo en las comunidades aledañas a los cerros, donde debido a la alta emigración de la población masculina, las mujeres son las principales encargadas de cultivar (Agarwal, 2004: 263-264).

La reducción de las tierras comunales de pastoreo y la escasez de forraje que la acompaña tienen implicaciones semejantes para los ingresos de las mujeres. La cantidad de alimentos recolectados cae conforme decrecen la extensión y la productividad de las tierras y los bosques comunales. La disponibilidad cada vez menor de leña tiene efectos adicionales sobre la nutrición (Agarwal, 2004: 268). Simultáneamente, la degradación de los recursos naturales genera el deterioro de la base material sobre la que se fundan y mantienen con vida los conocimientos que tienen las mujeres de los recursos y los procesos naturales (Agarwal, 2004: 269-270).

En esta coyuntura y contexto, las mujeres ocupan una posición sistemáticamente desventajosa en el mercado de trabajo, puesto que tienen menos oportunidades de empleo, menos movilidad ocupacional, menores niveles de formación y remuneraciones inferiores (Agarwal, 2016: 49-50). Aunque las oportunidades laborales de las mujeres rurales más pobres tienden a mejorar de manera significativa en momentos de bonanza económica, especialmente agrícola, generalmente esta es una situación temporal; y es que las mujeres se convierten en mano de obra barata y de gran disponibilidad que solo es requerida en determinados momentos. Aunque ocasionalmente estas condiciones pueden llegar a ser ventajosas, en la medida en que provocan mayor demanda de trabajo, la “ventaja competitiva” de las mujeres en el mercado laboral se sustenta en sus inferiores condiciones de trabajo, nivel de ingresos, salud y seguridad (FAO, 2010: 30; Lastarria-Cornhill, 2008: 7; Romero, 2016: 40).

Elizabeth Jelin (2014: 22) señala que el punto de partida de esta situación está en el proceso de diferenciación entre casa y trabajo; es decir, la separación entre los procesos de producción social integrados al mercado capitalista a través de la división del trabajo y los procesos ligados al consumo y la reproducción

realizados en el ámbito doméstico. Asimismo, señala que si bien la familia no tiene sustento en lo económico, puesto que no es una clase social, sino una forma ética, ideológica y jurídica, también se desarrolla como un ámbito de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. De esta manera, la división entre la esfera pública y la esfera doméstica en las áreas rurales es casi imperceptible, por lo que el trabajo productivo de las mujeres se convierte en una prolongación del trabajo doméstico no remunerado.

De esta manera son las mujeres rurales más pobres las que más desigualdades enfrentan, ya que no solo deben cumplir con roles de género, sino que los mismos las limitan para acceder a oportunidades y generar otras capacidades que les permitan superar su encierro en el espacio privado. Es así que se encuentran atrapadas en una trampa de desigualdad creciente (Damonte, 2016) que las mantiene atadas a sus condiciones de pobreza. En este marco, aunque la participación de las mujeres en la generación de ingresos procedentes de actividades fundamentalmente agrícolas es un fenómeno que va en ascenso, la mayoría permanece aún en la pequeña agricultura familiar y los pequeños emprendimientos agrícolas.

5. Estudio de caso

Desde el inicio del auge económico de la quinua, en 2008, la producción creció de manera considerable en la mayoría de las comunidades del altiplano boliviano. Las extraordinarias propiedades nutritivas de este grano andino revolucionaron su demanda en el mercado internacional, provocando un comportamiento inusual en las formas de organización y producción que caracterizaban a dichas comunidades. Fue así que la integración al mercado incrementó súbitamente los ingresos de los productores, conduciéndolos a la especialización y a generar un nuevo modelo productivo más extensivo e intensivo. Sin embargo, desde 2015 los precios empezaron a descender de manera estrepitosa generando una fuerte crisis y modificando nuevamente las estrategias productivas (Romero, 2016; Romero Merlo, 2016).

Según Risi *et al.* (2016) y Laguna (2011) hasta los años 70 la quinua se cultivaba con el sistema tradicional en las laderas de las serranías de los salares de Uyuni y Coipasa, y en su mayoría estaba destinada al autoconsumo, por lo que la siembra era realizada en hoyos en los que se depositaba un conjunto de granos con la

ayuda de herramientas tradicionales (Romero *et al.*, 2017: 9). Actualmente, por el cambio en el uso de la tierra ocasionado por la ampliación de la frontera agrícola en busca de la especialización del monocultivo, la producción se ha extendido a zonas destinadas tradicionalmente al pastoreo de llamas y ovejas, afectando también la alimentación de vicuñas silvestres.

Si bien la herencia de tierras continúa siendo la principal forma de acceder a este recurso, a partir del auge cobraron fuerza otras maneras, debido a la fuerte presión ejercida por la población originaria que retornó a las comunidades a cultivar el grano. En este contexto, las políticas estatales se enfocaron en la expansión del área de cultivo más que en la productividad. Sin embargo, la combinación de bajos precios y clima adverso de los últimos años desincentivó el cultivo de este grano, a lo que se sumó las pocas probabilidades de germinación de la semilla (Romero, 2016; Neri, 2017; Romero *et al.*, 2017).

En 2013 el Estado boliviano gestó iniciativas para impulsar el consumo interno de quinua a través de compras estatales a las asociaciones de productores, con el fin de distribuir productos transformados y derivados en diversas instituciones públicas y privadas; fue así que se logró la declaratoria del Año Internacional de la Quinua con el apoyo de la Organización de las Naciones Unidas. En este escenario, las asociaciones productoras empezaron a especializarse en el área de transformación y a trabajar en la formalización de la denominación de origen (DO) para la quinua real.

La producción de quinua en Bolivia se desarrolla en un ambiente ecológico difícil, en el que el suelo rocoso y arenoso queda expuesto de forma permanente al viento. La disminución poblacional de la vegetación nativa, la erosión hídrica y eólica, la formación de dunas, la disminución del nivel de las aguas subterráneas, la salinización de los suelos y la disminución de su productividad biológica provocan un constante deterioro y la reducción de los rendimientos agrícolas (Barrientos *et al.*, 2017). Un serio agravante es la introducción del nuevo modelo productivo que generó el auge de la quinua, enfocado principalmente en el cultivo mecanizado expansivo y desordenado (Jacobsen, 2011; Romero, 2016; Romero *et al.*, 2017).

Los sistemas ancestrales de producción de quinua real se caracterizaban por cultivos en serranías, en forma manual y en superficies pequeñas con alta productividad y

sustentables. Empero, con la creciente demanda internacional y la subida de precios se hizo necesario extender las áreas de cultivo, proceso que se realizó de manera acelerada e inadecuada, lo que provocó un cambio importante en el paisaje (Barrientos *et al.*, 2017). Winkel (2014) afirma que la expansión del cultivo de quinua desemboca en la “uniformización” del paisaje agrícola, al mostrar vastos monocultivos de quinua o parcelas en descanso, mientras que la vegetación nativa se encuentra cada vez más relegada a tierras marginales, rocosas o a laderas no mecanizables.

Pero la afectación del ecosistema no proviene solo de estos cambios físicos debidos a factores externos, sino también del cambio climático que altera el equilibrio de diferentes factores medioambientales. El incremento de los vientos y de su intensidad provoca que grandes cantidades de arena de las capas superficiales de los suelos sueltos sean arrastradas hasta los cultivos, enterrando así los plantines más pequeños y reduciendo el repoblamiento natural de la flora nativa (Bonifacio en Barrientos *et al.*, 2017). Winkel *et al.* (2014) consideran que la pérdida de fertilidad de los suelos en los cultivos mecanizados no debe ser considerada como un fenómeno preocupante o como principal causa de una supuesta disminución de los rendimientos de quinua. Si bien los autores sostienen que parece sensata la recomendación de disponer barreras vivas para frenar la erosión de los suelos, puntualizan que se requiere una demostración de la eficiencia real de estos dispositivos.

Existe un consenso general en que el cambio de sistema de producción del cultivo de quinua en la región intersalar tiene un efecto ambiental negativo. La ampliación de la frontera agrícola está convirtiendo esta zona en una región desértica debido, principalmente, a la conversión de extensas áreas arbustivas y gramíneas de porte alto. Esto significa una pérdida de recursos para la ganadería y, debido a la escasa cobertura vegetal en los descansos, una alta sensibilidad a la erosión (Jacobsen, 2011; Romero, 2016; Barrientos *et al.*, 2017; Neri, 2017), por lo que el uso de barreras naturales es de suma importancia para detener el movimiento del suelo y conservar la humedad imprescindible tanto para los cultivos como para la fauna silvestre.

Las asociaciones de productores constituyen plataformas esenciales para impulsar la producción de quinua y su sostenibilidad. Según los datos de la Cámara Boliviana de Quineros, el 30 % de la exportación proviene de las asociaciones; no obstante, debido a la rápida multiplicación de pequeñas empresas ligadas al mercado negro o de contrabando, ese porcentaje tendería a disminuir (AVSF, 2014).

El desarrollo de la producción mercantilizada de quinua desde 1970 permitió la consolidación de grupos de productores-empresarios que llegaron a controlar el expendio de este grano. No fue excepción Nor Lípez, donde los comunarios accedieron a mayores cantidades de tierra y pudieron generar volúmenes de producción suficientes para crear redes con acopiadores que los conectaron con comerciantes fronterizos (Laguna, 2011). Fue así que se originaron los primeros intercambios poco beneficiosos para los productores más pequeños, por lo que se vio la necesidad de crear asociaciones que les permitieran controlar estos canales y los precios de comercialización.

En ese contexto nació la Asociación Nacional de Productores de Quinua (Anapqui) como un ente económico, político, social e interprovincial llamado a constituirse en referente de transformación y comercialización de la quinua a nivel nacional. Fue fundada en 1983, como resultado del primer Congreso de Productores de Quinua. En 1991, una vez que se encontró más consolidada, Anapqui vio necesaria la creación de un departamento técnico denominado Programa de Producción de Quinua Natural (Proquinat), con la finalidad de promover la conversión de la agricultura convencional al sistema de producción orgánica. Desde entonces este programa trabaja en 157 comunidades de siete municipios de Potosí y Oruro. Asimismo, se crearon asociaciones regionales en cada provincia de las que a la fecha hay 13 distribuidas en ambos departamentos (Romero *et al.*, 2017: 6).

En 1982 surgió un comité de defensa de la quinua que posteriormente adoptó la denominación de Central Única de Productores de Quinua (Ceuproqui); en abril de 1983 se constituyó como la Sociedad Provincial de Productores de Quinua de Nor Lípez (Soproqui) y, finalmente, el 13 de noviembre de 2014 se pasó a llamar Sociedad de Productores de Quinua Real Ecológica (Romero *et al.*, 2017: 7).

El objetivo de esta asociación es impulsar y consolidar la producción e industrialización de quinua real ecológica para la elaboración de productos alimenticios que puedan competir en mercados nacionales e internacionales, por lo que se encarga del acopio y comercialización de la quinua como parte de Anapqui. En 2015, Soproqui incursionó en el eslabón de transformación primaria del grano de quinua en productos requeridos para el complemento del desayuno escolar que promueven los municipios en los que trabaja.

Bajo estos parámetros se presenta a continuación el análisis de los resultados obtenidos en el estudio. La encuesta FATE, realizada por primera vez en 2015 y posteriormente en 2019, forma parte de las fuentes secundarias; su objetivo fue la identificación de las condiciones sociales, económicas y políticas durante y después del auge de la quinua en las provincias Nor Lípez y Antonio Quijarro. La tabla 2 muestra el número de productores asociados encuestados en ambas oportunidades en las diferentes comunidades de Nor Lípez.

Tabla 2. Características de la muestra de la encuesta FATE en la provincia Nor Lípez

Provincia	Municipio	Comunidad	Número de encuestas		
			2015	2019	
Nor Lípez	Colcha K	Aguaquiza	7	10	
		Atulcha		2	
		Bella Vista	3	3	
		Calcha K	1	6	
		Colcha K	13	6	
		Copacabana	44	38	
		Juliaca		2	
		Llavica	8	12	
		Mañiqa	4		
		Puerto Chuvica	6	5	
		San Juan	10	10	
		Santiago K	25	14	
		Santiago de Agencha	10	11	
		Santiago de Chuvica	12	8	
		Vila Vila		1	
		Villa Candelaria	17	13	
		Vinto	1		
		San Pedro de Quemes	Pelcoya	1	1
			Río Ladislao Cabrera	1	1
	San Pedro de Quemes		34	28	
	Total		197	171	

Fuente: elaboración propia con datos de las encuestas FATE 2015 y 2019.

Los resultados fueron agrupados para el análisis de acuerdo a los objetivos específicos y las principales dimensiones que engloban, por lo que se tiene: i) condiciones socioeconómicas de las mujeres productoras de quinua; ii) participación política de las mujeres en las comunidades y asociaciones de productores; iii) acceso de las mujeres a la tierra y formas de uso; y iv) prácticas productivas de las mujeres.

i) Mujeres, hogar y producción

El proceso de producción de quinua está dividido en diversas etapas que conllevan actividades específicas realizadas tanto por distintos miembros de las familias como por trabajadores externos, en la medida que sea necesario. Algunas labores están destinadas a las mujeres y otras a los hombres; sin embargo, en general se comparten roles similares.

Foto 1: Pareja de esposos realizando el venteado de la quinua. Crédito: Daniela Romero (2015).



Debido al número de actividades implícitas, la cosecha es un proceso que requiere del trabajo de más gente. En algunos casos son suficientes los miembros de la familia, pero en otros es necesario contratar trabajadores externos, hombres y mu-

jeros, a los que se paga un jornal diario de entre 150 a 200 bolivianos. Este rango se debe, a la diferencia de actividades que realizan hombres y mujeres, siendo los primeros los que generalmente llevan a cabo las actividades que requieren mayor fuerza física, por lo que cobran más.

Los jornaleros generalmente provienen de otras comunidades de Potosí, Chuquisaca y Oruro, por lo que los productores proveen a los trabajadores de comida y un lugar para dormir. Además del pago que puede ser en efectivo o en especie; es decir en quinua, o mixto, dependiendo de la solicitud y el contrato realizado con cada trabajador.

[Testimonios]

“[Contratamos a las mujeres] para arrancar la quinua, igual que el hombre... Ellos con azadón arrancan, nosotros estiramos nomás; parece que fuera más bueno, más limpio... mientras estirando siempre queda en la cola la tierra” (Antonia, comunidad Llica, 2015).

“[Contratamos] hombres, porque precisamente el tipo de trabajo que requiere la quinua requiere más hombres (...) Nosotros hemos hecho una diferencia, porque en el momento de contratar a la gente que me va a ayudar, yo he ofrecido un intervalo de 130 a 150 bolivianos, y veo el tipo de trabajo y les digo que antes de cancelar veré, porque algunos no trabajan... entonces, al ver que la gente trabaja, bien remunerado” (Elizabeth, comunidad Santiago de Agencha, 2015).

Si bien parece no existir una preferencia para contratar hombres o mujeres, la encuesta FATE muestra que la contratación de mano de obra femenina en las comunidades de Nor Lítez es reducida, por lo que se puede inferir que por el hecho de que los hombres están más capacitados físicamente para asumir tareas pesadas, tienen cierta preferencia. No obstante, como señala Lastarria Cornhill (2008), las mujeres rurales, ya sea como trabajadoras externas o como propietarias, tienen una ventaja competitiva basada principalmente en sus inferiores condiciones de trabajo, nivel de ingresos, salud y seguridad. Las mujeres llegan a aceptar remuneraciones bajas y extensas horas de trabajo por necesidad, si son trabajadoras externas, y si son dueñas de los cultivos, suelen trabajar más horas que los hombres porque su labor en la producción no está separada de sus tareas en el hogar; entonces, son ellas las principales artífices de que el resto de las actividades productivas se lleven adelante.

Asimismo, las mujeres son las principales responsables del cuidado de los cultivos y el control de plagas debido a que los hombres suelen migrar por temporadas en busca de trabajo. Como señala Agarwal (2004), el tiempo adicional que se necesita en otras actividades del hogar reduce el tiempo disponible para que las mujeres produzcan cultivos y esto puede afectar de manera adversa los ingresos por las cosechas. En cuanto al cuidado de los hijos, la principal estrategia es recurrir a familiares –hermanas o abuelas–, es decir que la responsabilidad recae de todas maneras en mujeres. En este sentido, no es común la contratación de trabajadores externos para las labores domésticas.

[Testimonios]

“[Las tareas del hogar] yo las hago el fin de semana, los sábados, todos los sábados lavamos con mis dos hijos; el otro ya no está aquí, el mayor está ya estudiando en Sucre. Entonces, nosotros nos programamos para el sábado, juntamos la ropa de toda la semana y lavamos entre los tres los sábados. Mayormente yo venía el año pasado después de las 12.00, entonces cocinaba y hacía almorzar a los niños y venía acá (...) yo me voy a trabajar [a la chacra], ellos [mis hijos] no me acompañan porque tienen que estar en la escuela, no les puedo fallar, entonces como ya son grandecitos ellos se cocinan saliendo de la escuela o en la mañana se levantan temprano” (Cristina, comunidad Aguaquiza, 2020).

“La mujer es todo pues. Es mamá, enfermera, profesora, psicóloga... todo es la mamá, y no es que hayan perdido su valor los varones, pero también han sabido aceptar o reconocer a la mujer. Y lo que siempre hemos hablado, cuando avanzamos el tema de la familia, es que el papá es el jefe del hogar, mientras la mamá es mucho más por sus quehaceres; pero la responsabilidad y el respeto se va por el varón como jefe del hogar” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Las mujeres de las generaciones más antiguas fueron las más afectadas en cuanto a la distribución de las tareas en el hogar y la producción, debido a que desde muy pequeñas fueron instruidas para el trabajo en el hogar, mientras que los hombres estaban destinados a ir a la escuela para formarse y tener una vida social activa en la comunidad. Las nuevas generaciones de mujeres son mucho más activas y participan de diversos espacios, condición que lograron gracias a su capacidad de conciliar todas las actividades involucradas en las distintas esferas de su vida.



Foto 2: Productora enseña a un trabajador externo cómo rastrillar quinua. Crédito: Daniela Romero (2015).

Las mujeres siguen incluyendo a la quinua como el principal producto de su dieta diaria. Este dato es sobresaliente debido a que durante la temporada del auge se señalaba que los productores habían dejado de consumirla porque la veían más como una mercancía, de tal manera que los excedentes de la venta eran intercambiados por otros productos más baratos y de menor calidad nutritiva como arroz o fideo. No obstante, las productoras afirman que la quinua sigue siendo uno de los principales ingredientes dentro de su dieta semanal; por lo general conservan entre cinco a 15 quintales por cosecha para el autoconsumo, la semilla y, en caso de tener granos demasiado pequeños, para la alimentación de sus animales.

[Testimonios]

“Yo sí consumo harta quinua. Me guardo unos 15 [sacos] más o menos” (Ana, comunidad Colcha K, 2015).

“Yo tengo siempre mi kilo, como le digo. Consumo quinua dos o tres veces a la semana (...) Yo separo uno (quintal), llevo para mis hijos que están en Oruro, llevo para mis hijos que están en Chile, para lagüita, para graneado, para sopa (Edonia, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

Por otra parte, la diversificación de las variedades de quinua cultivadas parece haberse incrementado. En 2015, poco después del auge, las productoras señalaban que la quinua blanca o quinua real tenía mucha más importancia que el resto debido a su alto valor comercial. Otras variedades como la quinua roja y la negra se vendían a precios un poco más bajos y hoy ocurre lo contrario, puesto que llegan a ser más cotizadas que la real. Hay variedades y colores con iguales o mayores valores nutritivos que la quinua real, aunque tienen usos más específicos.

Por otro lado, la implementación de pequeños huertos familiares empezó a cobrar cada vez más importancia debido a que son una estrategia sostenible para mantener la seguridad alimentaria y su implementación es cada vez más fácil, en la medida en que casi la totalidad de los hogares cuenta con servicios básicos; algunos, incluso, tienen invernaderos en los que siembran verduras y hortalizas. Por lo general, los productos cultivados son para el autoconsumo, aunque a veces se vende los excedentes.

[Testimonios]

“Siempre hemos sembrado en un huertillo pequeño, de seis tablones, y aún se sigue practicando. Es exclusivo es para consumo” (Elizabeth, comunidad Santiago de Agencha, 2020).

“También produzco nabos, rábanos, cebolla, zanahoria; así normalmente, sin carpa solar. Algunos harto compran, el mío solo para comer es. En sacos me levanto y me lo guardo... En mi casa cultivo, la quinua lejos es, de mi casa ahí cerca es mi chacra, con riego” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

El agua es muy escasa en el altiplano y ante la imposibilidad de construir canales de riego, los cultivos generalmente se producen a secano; es decir que dependen del calendario anual de precipitaciones pluviales. Aunque en los últimos años la mayoría de las comunidades más pobladas ya cuenta con sistemas de alcantariado para los hogares, las pequeñas estancias ubicadas en los márgenes de las poblaciones por lo general no tienen agua potable ni energía eléctrica, por lo que solo sirven de refugio durante las temporadas de trabajo más intensivo.

[Testimonio]

“Agua hay, el problema era que justamente era lejos, pero tenemos esa experiencia, al menos mi familia (...) Este año solo hemos hecho media hectárea, no

había humedad así que no hemos hecho más. Hay otras personas que sí tenían más, porque hay lugares donde llueve más, han cosechado bien. Hemos sembrado la media hectárea, pero no ha producido todo porque se ha secado” (Edonia, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

En comunidades como Culpina K la escasez de agua se agrava por lo que la población recurre a pozos perforados por la Empresa Minera San Cristóbal, algo que podría ocurrir próximamente en otras comunidades aledañas al salar si se concretan proyectos destinados a la explotación de litio. Los comunarios comentan que se experimentó con la utilización de sistemas de riego, pero el producto no alcanza el tamaño deseado, por lo que la lluvia sigue siendo fundamental. En otras comunidades como Aguaquiza hay cultivos de hortalizas con riego de aguas de río almacenadas en represas. Sin embargo, este sistema no es viable para los cultivos de quinua o papa, que se encuentran en los cerros.

[Testimonios]

“Todo [se produce] con lluvia. En la casa tenemos luz, no en la chacra. Hay agua pues, pero el agua potable desde Keluyo hay que traer, de pozo nos llevamos” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

“Es que aquí no hay agua, que corre por el río, viene del cerro y va a la represa y en las represas hay un sistema de riego para todas las hortalizas” (Mónica, comunidad Llavica, 2020).

Desde el auge de la quinua y hasta la actualidad, el tractor se convirtió en la maquinaria más requerida para el barbecho y la siembra. Si bien no todos pueden comprar uno, sí tienen la opción de contratar por horas a tractoristas especializados a un costo que varía entre 250 a 350 bolivianos (35 a 50 dólares) por hora, aunque algunos tractoristas cobran por hectárea.

[Testimonios]

“Puro tractor (...) Con tractor [primero] para luego arrancar con hoz y ya después trillar y pisar con tractor... Por horas nomás. 200 o 250 bolivianos (pagamos)” (Ana, comunidad Colcha K, 2015).

“Ahora como todo ya se ha mecanizado... el tractor. Lo hacemos también manual, pero ahora, actualmente, es tractor” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

“Contrato tractor, entonces solo al tractorista atendemos con la comida. Bueno si es grande, todo depende del tractorista, le pega toda una noche, 3, 4, 5 hectáreas ahí, todo depende. Nosotros por hectárea pagamos. Algunos cobran 250, algunos 350 por hectárea. Ahora mismo el barbecho, están cobrando 350. Entonces, solamente hay que indicarle la chacra y listo, ellos ya se entienden, y yo tengo que llevar, si me tocó, el almuerzo o si me tocó la cena” (Paulina, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

El uso de tractores se rige a diferentes tipos de organización; en algunas comunidades hay listas de usuarios con el total de hectáreas para realizar la distribución del tiempo de uso por familia. Los productores de Soproqui de la comunidad San Juan del Rosario adquirieron tractores entre 1990 y 1992, con el fin de mejorar sus oportunidades de producción ante condiciones climáticas adversas. Algo similar ocurrió en 2004 en la comunidad de Culpina K, donde se organizaron para conformar la Asociación de Productores Agropecuarios de la Comunidad Culpina K (Apracuk), alterna a Soproqui, y que además de cumplir con roles similares, también trata asuntos relacionados con la minería. En ambos casos la cantidad de tractores no fue suficiente, por lo que muchos aún tienen que conseguir maquinaria por sus propios medios.

Por otro lado, el uso de abonos y pesticidas orgánicos fue ampliamente difundido en el auge de la quinua, especialmente por asociaciones como Soproqui, que respondían a un modelo de producción con tendencias industriales. Los productores tradicionalmente recurrieron a abonos naturales animales o vegetales elaborados por ellos mismos y en la actualidad la asociación les ofrece acceso a suplementos orgánicos. Esto constituye una respuesta a la disminución de abonos animales por la reducción del pastoreo, aunque también implicaría un incentivo perverso que más bien reduzca aún más esta actividad, al quitarle uno de sus usos principales y, con esto, el mantenimiento del equilibrio ambiental.

[Testimonios]

“(Abono) de llama tenemos, de oveja. [Los pesticidas] son Acaritop, que es orgánico y hacemos hervir también las tholas, igual que nuestros propios fertilizantes... [Fumigamos] cuando está pequeñito y en otras temporadas cuanto está más grande” (Martina, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

“Siempre nos dicen que tenemos que fumigar con Intrust. Entonces nosotros de aquí de Soproqui compramos y con eso fumigamos... Cuando estaba pequeñito estaba entrando gusano, entonces eso ya tenemos que comprar, con eso ya hemos fumigado. Algunos le vuelven a fumigar, pero yo solo una vuelta le fumigué, ahí nomás. Hasta el momento está bien” (Paulina, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Por décadas una de las principales fuentes de ingresos en la región, después de la producción de quinua, fue la cría de camélidos; actividad asumida sobre todo por las mujeres, pues tradicionalmente los hombres se encargan de la fuente de ingresos principal. Durante el auge de la quinua aún se defendía la importancia del pastoreo en la conservación de la calidad del suelo y el equilibrio general de los ecosistemas; sin embargo, a partir de la crisis de 2015, la actividad se redujo drásticamente debido a los altos costos de mantenimiento y porque la mayoría apostó por concentrar esfuerzos en reavivar la industria de la quinua. La introducción de esta lógica de mercado también modificó algunas normas comunales que se decantaron más por la dimensión económica en desmedro de la ambiental.

[Testimonio]

“No, ahora, no. Antes teníamos ovejas, llamas, pero todo hemos hecho terminar. Ya no hay nada” (Lourdes, comunidad Calcha K, 2015).

“No tengo animales. Tenía, pero hay que estar ahí diario y como hay que ver la chacra, qué voy a poder. Mayor ya soy. Hace diez años ya lo he terminado. Corren dentro de la chacra, ni cómo agarrar, cuando era joven corría, agarraba la bicicleta e iba por detrás y alcanzaba” (Simplicia, comunidad Khulla, 2020).

Las nuevas tecnologías y la amplia oferta de suplementos artificiales, tanto en pesticidas como en fertilizantes, incidieron en las prácticas productivas pues los agricultores tienden a buscar la practicidad; es decir, aquello que les tome menos tiempo y tenga mejores resultados. Soproqui ha tratado de ser estricta en el control de pesticidas u otros suplementos que no tengan una composición orgánica. Con la caída de los precios el modelo de producción orgánica se ha vuelto una prioridad para la asociación, pues constituye la principal estrategia de competencia en el mercado internacional.

Sin duda esta tarea implica mucho tiempo e inversión y los réditos tardan en llegar. No obstante, su reducción provoca un desequilibrio en los ecosistemas o, en algunos casos, una sobrecarga en la capacidad de los suelos. Eso no quiere decir que la quinua sea la actividad exclusiva. Prácticamente lo era hasta 2015, pero con la caída de los precios la mayoría de los hogares productores tuvo que buscar fuentes alternativas de ingresos. Muchos pobladores se reincorporaron al espacio laboral asalariado que habían ocupado antes del auge, pero una gran mayoría engrosó las filas de los servicios en el rubro del turismo, una industria creciente en la región debido al Salar de Uyuni.

[Testimonio]

“[Mi principal actividad es] producir quinua. [También] hago artesanías, [vendo] aquí en el pueblo, llevo a la feria. Y [también] atiendo una pensión hace cuatro años, [desde que] mi marido se murió. [Abrí la pensión] sacando un préstamo. Antes ganaba bien, ahora hay harto negocio, antes yo estaba cerquita de la escuela, ganaba unos 3.000 o 4.000 bolivianos al mes, pero ahora ya no”. (Agrupina, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

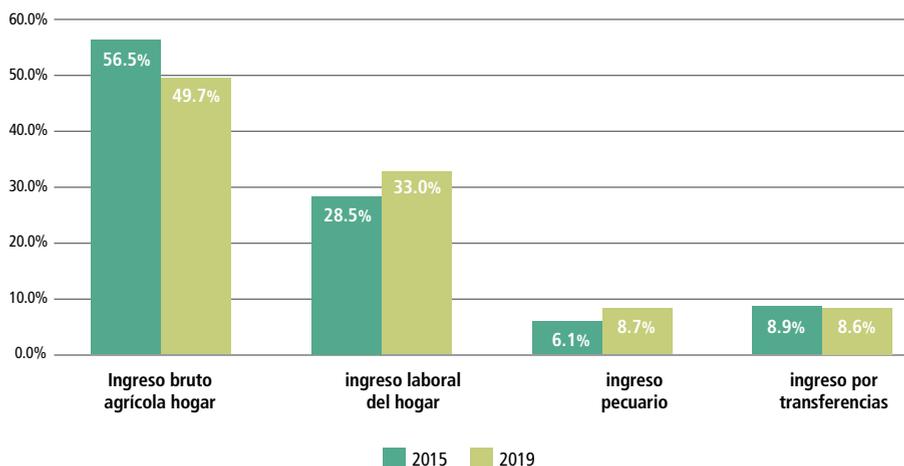
En este contexto, los productores y productoras deben buscar otras fuentes de ingreso en sectores como la minería y el turismo. En el caso de la primera, Chile se convirtió en un destino común y de fácil acceso debido a la cercanía de la frontera. Allí los trabajadores llegan a ganar hasta el doble de lo que lograrían en las minas bolivianas, según informaron los productores en algunos grupos focales. Asimismo, los sectores de servicios en el vecino país tienen una amplia demanda.

Como señala Díez (2014), la población rural actual está más conectada a los circuitos globales, por lo que sus miembros mantienen su condición de pobladores/productores rurales por decisión propia y no solo como efecto de la continuidad histórica y la pasividad. De esta manera, es evidente que ya no se trata de sociedades tradicionales, sino de grupos de productores modernos e integrados al mercado y a la sociedad en diversas condiciones; con orientaciones propias y compartidas y con distintos resultados económicos. Es así que la composición de las familias rurales se ha modificado y la evidencia parece apuntar a una nueva familia nuclear rural más pequeña, con mayor nivel educativo, mayor movilidad y, eventualmente, con separación residencial de sus miembros.

Según datos de la encuesta FATE, estas familias tienen cuatro fuentes principales de ingresos: i) el ingreso agrícola, que corresponde a la venta de la producción de quinua, la producción almacenada y la producción destinada al autoconsumo; ii) el ingreso pecuario, que corresponde a la venta de animales ya sea en pie o faenados, a lo que se añade la valoración del autoconsumo; iii) el ingreso por actividades laborales remuneradas fuera de la agricultura familiar y; iv) el ingreso por transferencias (Romero, 2019: 33).

Una comparación de las dos encuestas FATE (2015 y 2019) muestra que el ingreso agrícola se redujo de 56,3 % a 50,1 % por la caída del precio de la quinua; no obstante, las ganancias por este rubro siguen siendo importantes para los hogares. Un dato sobresaliente es el aumento del ingreso laboral de 25,9 % a 32,8 % (Romero, 2019: 33); lo que demuestra que los hogares diversificaron sus actividades.

Figura 3. Composición de ingresos familiares según la encuesta FATE (2015-2019)



Fuente: elaboración propia a partir del informe de la encuesta FATE 2019.

El turismo es uno de los rubros que más importancia cobró en la última década en la región y se constituyó en una fuente de ingresos complementaria para muchas productoras. Varias comunidades construyeron albergues respaldadas por sus municipios y ONG y son los comunarios quienes las administran y atienden por turnos. Dos ejemplos destacados son las iniciativas de Mañiqa y Santiago de Agencha.

[Testimonio]

“Soy asociada en Jukilots, en el albergue turístico. Ahí se requiere [personal]. Lo que nos llama la atención es que no hay gente que quiera trabajar, se requiere personal y cada vez cambiamos. Nos hemos turnado para atender, cuando a mi hijo ya le tocaba primero medio o sexto básico querían que yo ingrese como administradora, entonces yo ya no acepté porque a mi hijo le tocaba venir aquí a Uyuni” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Por otro lado, Soproqui también brinda oportunidades laborales a las socias en su planta de transformación. Esta asociación continúa ampliando su infraestructura y diversificando sus rubros de interés en Uyuni, puesto que tiene una panificadora y una tienda en la que se vende quinua y productos derivados. También participa de licitaciones públicas para proveer productos para el desayuno escolar de las escuelas públicas que, además de beneficiar a los estudiantes, es una política social de apoyo a las pequeñas empresas y emprendimientos de alimentos agroecológicos y nativos.

Soproqui está a la espera de lograr contratos con las empresas turísticas para promocionar sus productos, en el marco de un proyecto de trabajo coordinado de ambas industrias en pos de un desarrollo más integral de la región. En este sentido, como señala Van der Ploeg (2010), las cooperativas territoriales o, en este caso, las asociaciones pueden ser mecanismos muy efectivos en el intento de superar la actual crisis agrícola, porque contienen nuevas formas de autorregulación.

La administración de los ingresos fue y continúa siendo una de las principales responsabilidades de las mujeres productoras en el altiplano sur boliviano. Esto responde a una organización funcional tradicional que da a la mujer el rol de manejo de los hogares, lo que implica la supervisión de las actividades, estudios y la salud de todos los miembros de la familia. Además, a la par de su mayor inserción en la producción agrícola, las mujeres se desenvuelven con mayor independencia en diversos espacios laborales, lo que acrecentó sus oportunidades de mejorar sus conocimientos y capacidades técnicas, así como su acceso a créditos, algo fundamental para el desarrollo de emprendimientos.

La apertura de créditos productivos se incrementó considerablemente en las últimas décadas, tanto en instituciones financieras estatales como privadas. Sin embargo, con la caída de los precios de la quinua y la inevitable dependencia

de las condiciones del clima, acceder a estos es cada vez más complicado. Por eso Soproqui abrió la Financiera y Asociación Agropecuaria del Altiplano Sur (FAAAS), que concede préstamos con requisitos mínimos y entrega casi inmediata, aunque con tasas de interés mayores que las habituales.

[Testimonios]

“Nosotros tenemos la FAAAS que se ha creado justamente para eso. Después el Banco Unión también ha proporcionado [préstamos]. Entonces en muchas asambleas que hemos tenido nos han propuesto crear la FAAAS y nosotras estábamos de acuerdo. Desde ese momento se ha aportado a esa financiera que nos proporciona y nos ayuda de gran manera” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Las entidades financieras externas con mayor presencia en la región son Banco Unión, Prodem, ANED, Proinpa, Ecofuturo FIE y ProMujer; todas son privadas, a excepción de la primera. Ya llevan varios años implementando créditos especiales para productores con tasas de interés moderadas, pero con mayores requisitos y menor flexibilidad en los plazos de pago.

[Testimonio]

“Yo he sacado crédito de Prodem y Ecofuturo. Estaba con el tema de turismo, tenía mi agencia. Pero ahora le he pasado a mi cuñada por el cargo que tengo aquí... [pero] por ese motivo saqué crédito, para poder comprar un coche” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Aunque su participación directa y autónoma es reciente y en gran medida se debe al auge de la quinua, las mujeres del área rural del altiplano sur siempre fueron parte de los procesos productivos desde sus funciones en el hogar. Este paulatino empoderamiento las preparó, de alguna manera, para afrontar la crisis económica actual en mejores condiciones y con mayores capacidades para desenvolverse en numerosas actividades y diversificar sus ingresos.

ii) Mujeres y participación política

La organización política de las comunidades del altiplano sur se sustenta aún en la figura de las autoridades originarias que en muchos aspectos están a la par de las autoridades estatales. El rol de estos líderes tradicionalmente designados por las comunidades, fue reivindicado y legitimado en el marco de un proceso de

revalorización de los usos y costumbres de los pueblos indígenas, promovido por el gobierno de Evo Morales y reconocido legalmente en la Constitución Política del Estado de 2009.

Los cargos son rotativos y obligatorios y toda la comunidad elige el orden de turnos. Cada jefe de familia debe reunir un capital para que cuando le toque asumir funciones pueda cumplir con los gastos de organización de eventos comunales y viajes. El cargo más alto es el del curaca, que es el encargado de gestionar conflictos y dar parte de los mismos a la central ubicada en la ciudad de Potosí; además debe administrar los proyectos provenientes de diversas organizaciones campesinas nacionales, municipales y comunales, tales como el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (Conamaq); las asociaciones de productores; la alcaldía y otras.

Los cargos son asumidos en igualdad de oportunidades y condiciones por hombres y mujeres a partir de 18 años. Generalmente son los hombres quienes están registrados como jefes de hogar y asumen la misión en representación de su familia. Sus esposas los acompañan y ayudan en el cumplimiento de sus funciones.

[Testimonios]

“Mi esposo sí ha sido agente, corregidor... en este pueblo he cumplido con todo, con todas las cuotas (...) Un año nomás [Nos ha tocado]. Mi esposo nomás [ha cumplido] todo porque el hombre está en todo... pero hemos pasado todas las fiestas los dos (...). Solo el hombre [llega a ser curaca o autoridad], aquí es así pues, en lo comunal, en el pueblo (...) Digamos si yo fuera una viuda o soltera tengo que hacer yo” (Antonia, comunidad Llica, 2015).

“Mi esposo sí [ha sido autoridad]. Yo siempre he estado con mis ovejas, con mis llamas y después, con mis hijos... también era sacrificado mi trabajo” (Carmen, comunidad San Pedro de Quemés, 2015).

Hay que destacar que la igualdad política entre hombres y mujeres se incrementó de manera considerable en la última década. No obstante, varias productoras coinciden en que muchas mujeres no parecen estar lo suficientemente preparadas para asumir cargos de liderazgo y, por otro lado, persiste la mentalidad –sobre todo en personas mayores– de que estas funciones son propias de hombres y que las mujeres solo deben encargarse del hogar.

[Testimonios]

“He sido concejala, alcaldesa (...). De alcaldesa he estado dos años y de concejala como cuatro años (...). El pueblo me eligió” (Ana, comunidad Colcha K, 2015).

“Tenemos un Comité Comunal de Productores de Quinoa, yo estoy asociada, estoy como vocal. Cargos pequeños he tenido, como del club deportivo de la escuela. Todos tenemos que ocupar cargos en la comunidad, así nos decimos que no hay exclusión de hombres ni de mujeres y nos reunimos y participamos todos” (Eduviges, comunidad Copacabana, 2015).

“Yo he sido agente, solita he pasado el cargo. Cuando tenía 25 años he hecho de alcaldesa (...). Han llegado los residentes y se han repartido los cargos. Ahora quieren elegirme, pero ya es mucho. En mi comunidad puros varones nomás han hecho, [las mujeres] no estamos haciendo...” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

“He pasado el cargo de corregidora. En mi comunidad no es que las autoridades originarias te van a obligar, no tienen peso. El corregidor es la autoridad máxima, no importa si es mujer o varón, no hay reglas ahí. Lo que pasa es que por el gobierno muchos han empezado a hacer revalorizar lo que son las autoridades originarias (...). Cada persona tiene la obligación de asumir” (Mónica, comunidad Llavica, 2020).

Más allá de sus comunidades, las mujeres también lograron asumir cargos en organizaciones regionales y por otro lado crear entidades exclusivas para ellas, como la Federación Sindical Única de Mujeres Campesinas Altiplano Sur (FSUMCAS), que surge como un brazo sindical de la Federación Regional Única de Trabajadores Campesinos Altiplano Sur (FRUTCAS). Ambas tienen la misión principal de proteger los recursos naturales de la región, pero FSUMCAS nació con la meta específica de mejorar la calidad de vida de las mujeres rurales a partir de la capacitación en ramas técnicas como la medicina natural, la elaboración de jabones y de otros insumos.

[Testimonios]

“Primero fue FRUTCAS y después habían organizado FSUMCAS. Las fundadoras son la señora Dora y la señora Sabina; la siguiente yo soy (...). Más que todo [buscamos] defender el derecho de la tierra (...). FSUMCAS surge porque las

mujeres siempre hemos sido de baja, siempre nos quedamos en casa, no hay apoyo, no hay nada... Como las mujeres no sabemos cómo defendernos, hablamos de manera humilde, o hasta nos dejamos pegar... entonces para que no haya eso decidimos que la mujer se prepare. El hombre nomás trae plata, sin plata la mujer se quedaba si él se iba; oprimida era la mujer, no sabía ni hablar. La mujer tiene que tener su propio puesto, por eso ha surgido la asociación (...). Tenían que hacer una posta sanitaria en Uyuni y en las comunidades o en las provincias, de medicina tradicional, entonces esto había que hacer reconocer con el gobierno y tener una farmacia natural, esa era nuestra propuesta. De ahí entra la ganancia también, entonces han podido trabajar las que necesitaban, para eso era esa preparación de medicina, sombreros, jabón, velas... eso hemos enseñado (...). Yo he sido secretaria de organizaciones, después me han elegido también como secretaria general, ejecutiva en 1992” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

Una de las características de Soproqui es que en el caso de los hogares biparentales ambos esposos pueden ser socios individualmente, lo cual resulta beneficioso porque no son pocos los casos en los que marido y mujer tienen sus propias tierras en comunidades diferentes. Por lo general son los hombres quienes asumen la titularidad de los cargos; sin embargo, en las entrevistas de campo efectuadas en 2020, uno de los datos más sobresalientes que se recogió fue que muchas productoras habían reemplazado a sus esposos como titulares (la transferencia de membresía también se da de padres a hijos). Aún queda mucho por avanzar en cuanto a equidad de género, pues de los 286 productores asociados solo 90 son mujeres.

[Testimonios]

“[Mi exesposo] se inscribió y aunque estaba acá no siempre participaba. Su nombre estaba, pero la que participaba siempre fui yo, por eso quedó mi nombre nomás porque yo siempre estaba, nunca me acuerdo que él haya participado (...). Nos inscribimos ambos porque yo siempre participaba desde antes, siempre iba como hija de un socio, desde el 95. Después ya el otro año me inscribí legalmente y creo que dimos los nombres de los dos, pero él no iba” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Ahora yo estoy [como socia], antes mi esposo estaba, pero como han exigido que tienes que ser titular para registrar para todo, y él para más en su trabajo, venía 15 días que descansaba, 15 días en su trabajo, no estaba para registrarse. En esas circunstancias me lo ha traspasado” (Rogelia, comunidad Santiago K, 2020).



Foto 3: Varias mujeres participan en una reunión de la asociación. Fuente: Daniela Romero (2015).

La elección de dirigentes de la asociación se realiza mediante votación de socios en una reunión extraordinaria anual. Tanto hombres como mujeres pueden ser elegidos y los principales requisitos son la experiencia profesional y en otros cargos similares y la capacidad de liderazgo. En las dos últimas gestiones dos productoras ocuparon la vicepresidencia, acompañando al mismo presidente. Y en la gestión anterior a esas la presidenta fue una mujer con vasta experiencia durante el auge de la quinua, por lo que estaba bien facultada para establecer las principales normas técnicas que priorizan la producción orgánica y que aún hoy caracterizan a la asociación.

Tanto la expresidenta como la actual vicepresidenta, la señora Mónica y la señora Elizabeth, respectivamente, (entrevistadas en el trabajo de campo) son madres solteras con títulos profesionales de profesora y auditora, respectivamente, y han tenido experiencia como autoridades comunales y municipales. Ambas resaltan lo complicado que para las mujeres es asumir cargos políticos debido a sus responsabilidades en el hogar, por lo que muchas veces tienen que sacrificar su tiempo y delegar dichas actividades a otras mujeres.

[Testimonios]

“El anteaño pasado, en agosto, ingresé como vicepresidenta de Soproqui. Ya estaba como socia unos tres o cuatro años antes y me sorprendí cuando me eligieron para asumir este cargo. Yo estaba con la intención, y aún estoy, de reincorporarme al magisterio, sobre todo porque mi hijo me pide que vuelva a ser profesora. Por ese motivo empecé a sacar certificados de trabajo de la alcaldía (...) estaba en eso y me eligieron y tampoco podía negarme porque la verdad viendo a los socios, la mayoría son de la tercera edad (...). Yo creo que siempre cualquier cargo que tengas que desempeñar implica sacrificios, pero finalmente en cualquier otro trabajo es lo mismo (...). Hay compañeras en las que aún percibo algún temor de equivocarse, después yo creo que todos estamos en la capacidad de ejercer esos cargos” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Primero he estado como vicepresidenta, luego como presidenta el 2012, 2013 y 2014 (...). Creo que mi participación fue importante porque iba y participaba en todas las reuniones, y en los talleres también. Tal vez la desventaja es que no he podido atender como se debía a mi hijo, porque tenía que estar ahí. Lo traía aquí... después de un tiempo ya le he dejado con mi sobrina. En todo caso, uno ya tiene su deber por la sociedad, es una responsabilidad que he tenido que tomar como socia (...) se cumplió en dos años y ya, más no. Justamente en mi gestión ha sido la subida de precios, pero igual lo que subía los costos eran las adiciones que nos pagaba Anapqui. (...) las otras personas no se ocupaban del acopio, esperaban a que traiga la gente, mientras que nosotros para generar dinero teníamos que ir y vender lo que se tenga, llegar a los máximos [compradores posibles]. Cada mes teníamos programado entregar mínimamente dos lotes, a veces hasta seis en tiempo de cosecha. Ese era mi trabajo” (Mónica, comunidad Llavica, 2020).

Una de las causas principales del incremento de la participación social y política de las mujeres en los últimos años, fue el acceso más igualitario a la educación formal y que se hayan promovido políticas de paridad de género lo que dio pie a que sean tomadas en cuenta para diversas funciones, repercutiendo en una mayor justicia social. A pesar de esto, aún resta mucho trabajo para que las mujeres tengan acceso equitativo a los diferentes beneficios y oportunidades, no solo en lo productivo y laboral, sino también en los individual, familiar, social y cultural.

iii) Mujeres y acceso a la tierra

Las comunidades de la provincia Nor Lítez constituyen territorios indígenas originarios campesinos (TIOC); es decir, no existe propiedad privada de la tierra, pero sí acceso y uso individual con usufructo privado. Por lo tanto, la distribución se da a partir de la repartición igualitaria entre todos los comunarios que acceden a tierras en distintas regiones ya sea cerro, ladera o planicie y que pueden repartir dichas tierras entre sus descendientes de manera directa. Asimismo, en el caso de que estos descendientes se encontraran fuera de la comunidad y volvieran a acceder a sus tierras, se les otorga el permiso con la condición de que vivan en la comunidad, asuman cuando les corresponda los cargos de autoridades tradicionales y envíen a sus hijos a la escuela más cercana, con el fin de mantener los ítems dispuestos e incrementar el alumnado. A estos productores que retornan a las comunidades se los denomina residentes.

Con el auge de la quinua, el cultivo en la planicie se hizo cada vez más común debido a la posibilidad de utilizar maquinaria para la producción y la facilidad de ampliar la frontera agrícola. Los primeros cultivos de quinua se producían en las laderas, pero desde 1970 se empezó a usar las planicies con la introducción del tractor. Tradicionalmente los terrenos cultivados de quinua en las comunidades fluctuaban entre un cuarto de hectárea a diez hectáreas; no obstante, con la redistribución de terrenos, algunos comunarios llegaron a duplicar este número.

La gran afluencia de residentes que retornaron a reclamar sus tierras provocó grandes cambios en la forma de producción, distribución y uso de la tierra. Los campesinos reintroducidos a la comunidad son agricultores de tipo más empresarial; es decir, que mantienen activamente relaciones directas de dependencia con los mercados externos, donde la maximización de beneficios es lo más importante. En otras palabras, la conservación del medioambiente solo les interesa a los campesinos tradicionales, mientras que los nuevos agricultores solo buscan aprovechar la tierra tanto como sea posible, ya sea a partir de la ampliación de los cultivos o con la intensificación de la producción, generando así grandes desequilibrios en los ecosistemas.

En las entrevistas de 2020, las productoras señalaron que uno de los principales cambios a nivel ambiental que trajo el auge de la quinua fue la eliminación de muchas barreos vivos debido a la ampliación de los terrenos en beneficio del monocultivo. Una de las mayores consecuencias fue la vulnerabilidad de los cul-

tivos ante los vientos fuertes típicos de la región y también se puso en peligro a la tierra, cada vez más expuesta a la erosión eólica. Las entrevistadas también coincidieron en que la gran afluencia de productores residentes fue en desmedro del medioambiente, puesto que estos optaron por la agricultura convencional, que implica el uso desmedido de pesticidas químicos. Además, debido a que en su mayoría llegaron con capital tuvieron una amplia ventaja a la hora de solicitar y acceder a terrenos. No obstante, una vez terminado el auge, muchos volvieron a abandonar las comunidades en busca de nuevas oportunidades, dejando las tierras erosionadas y sin muchas posibilidades de pronta recuperación.

[Testimonios]

“Ha pasado eso, ha pasado [que han abandonado las tierras]. Como le digo, yo tengo ahí una parcela, dejo mis barreras vivas, pero al lado el vecino no es socio, limpia todas las barreras vivas y listo... más bien van entrándose más y más a mi terreno, y ahora mismo estoy tropezando con eso. Este año hasta nos hemos demandado y todo, pero no entienden; no sé por qué será... Así estoy tropezando [La vecina] de este otro lado no es socia tampoco, y lo propio me está haciendo...” (Paulina, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Los residentes se están yendo, solo algunos siguen trabajando porque no tienen otra cosa. Con químico es pues de ellos y eso un poco nos molesta...” (Cristina, comunidad Aguaquiza, 2020).

En cuanto a modos de administración, los métodos comunales ancestrales enmarcados en la oralidad de los pueblos fueron reconocidos legalmente como normas consuetudinarias y sus mecanismos se adaptaron a la imposición de sindicatos agrarios y el uso de libros de actas como documentos memoria de las comunidades (Argandoña y Núñez, 2016: 18). En este sentido, la garantía para la buena gobernanza de un territorio en el que existen bienes de uso común, dependerá de factores como la capacidad de acción colectiva, muy ligada a la existencia y capacidad de liderazgos locales y la solidez de las estructuras supracomunales, garantes del cumplimiento de los acuerdos o normas internas.

Esta lógica de gestión territorial se fue alterando lentamente en la región con el auge de la quinua y la entrada de las nuevas normas de mercado. Esta nueva dinámica dio pie a la priorización de lo económico antes que, a una convivencia con principios de equidad e igualdad entre los comunarios, debido a la imposición

de la modernización tecnológica que provocó el progresivo derrumbamiento de las instituciones comunales. La implementación de maquinarias como el tractor, venteadoras, trilladoras, de nuevos fertilizantes y pesticidas y la constante ampliación de la frontera agrícola provocaron que la mayoría de los productores se beneficiara de manera fortuita de la subida de los precios. No obstante, esto también implicó una intensificación de la producción que afectó profundamente el equilibrio de los frágiles ecosistemas.

Dentro del nuevo modelo productivo impuesto, la distribución de tierras fue, por lo general, equitativa entre hombres y mujeres. De hecho, algunas productoras, sobre todo las madres solteras, lograron beneficiarse de manera más efectiva de esta distribución debido a que contaban con un capital previo para trabajar. Al poder acceder a tierras de manera independiente e igualitaria, muchas mujeres se convirtieron en sujetos de créditos lo que les garantizó aprovechar de manera más eficaz el auge de los precios.

[Testimonios]

“[Mis terrenos] son heredados de mi mamá (...). No tengo padre, pero mi mamá me ha partido (...). A nombre de mi abuelito primero sembraba como 32 [hectáreas], pero en realidad tengo 12. (...) mi abuelito ya ha fallecido, pero de mi mamá [también son]. Yo estoy administrando ahorita las, pero de mi mamá son cinco y de mí siete nomás”. (Eduviges, comunidad Copacabana, 2015).

“[El terreno] más que todo es de mi papi, herencia. Hay otras tierras que he sacado, más que todo de herencia también, porque ahora ya no hay terrenos si se quiere sacar (...). Ya habíamos sacado antes, pero con relación a que mucha gente lo ha hecho no es nada... Con lo de mi padre unas 18 [hectáreas son], yo sola unas 10” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

“Tenemos pues un registro. Una vez vinieron y nos dijeron que si pasábamos de 50 hectáreas nos íbamos a hacer grandes productores; eso vino alguien una vez a socializar. Entonces, no somos grandes productores, porque no produce todo. De esa manera, mi papi nos ha pasado cinco...” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

Díez (2014) señala que los cambios en las formas de propiedad y el manejo de grandes extensiones de cultivos modifican también diversas características de la

producción: varía el conjunto de cultivos que se orienta en zonas de expansión a cultivos comerciales; se generan eslabonamientos con la pequeña producción y la producción campesina adyacente a grandes explotaciones; cambian en parte las reglas y condiciones de manejo del recurso agua. En décadas pasadas la mujer debía abandonar sus tierras si se casaba con un hombre de una comunidad distinta y así las tierras del esposo pasaban a ser parte de ambos. En la actualidad las productoras conservan sus tierras y pueden producirlas, aunque no vivan en su comunidad, pero solo si cumplen los requisitos solicitados por la misma, ya sea pasando cargos y/o entregando algún tributo o cuota comunal para trabajos colectivos.



Foto 4: Productora de quinua, socia de Soproqui, trabaja la tierra heredada por su padre. Crédito: Daniela Romero (2015).

Todas las productoras entrevistadas accedieron a sus tierras por medio de herencia y, en algunos casos, comparten también las de sus cónyuges si viven en la comunidad de este. Si bien la herencia es el único modo convencional de contar con terrenos, desde el auge de la quinua y con la ampliación de la frontera agrícola, también se registraron casos de acaparamiento y redistribución. Asimismo, hubo

algunos casos de habilitación de tierras comunales destinadas al pastoreo y/o la cesión de parcelas a miembros jóvenes de la comunidad. En el caso de la redistribución, se hizo de manera equitativa al interior de las comunidades; sin embargo, quienes poseían mayor capital accedieron a una mayor extensión de terrenos, con la condición de que pagaran determinados tributos o que realizaran labores colectivas en beneficio de las comunidades.

Como señala Van der Ploeg (2010), la tierra propiedad de familias de agricultores también se encuentra sujeta a arreglos institucionales; uno de los más importantes es la costumbre de transferir la tierra de una generación a la otra, que algunas veces es también vendida por un precio más bajo que el valor del mercado. Estos casos suelen generar grandes conflictos y desigualdad de oportunidades, así como daños a los ecosistemas. Sin embargo, los productores del altiplano sur por lo general siempre mantuvieron una organización lo suficientemente fuerte para controlar y penalizar ciertos actos, velando por el bienestar colectivo.

[Testimonios]

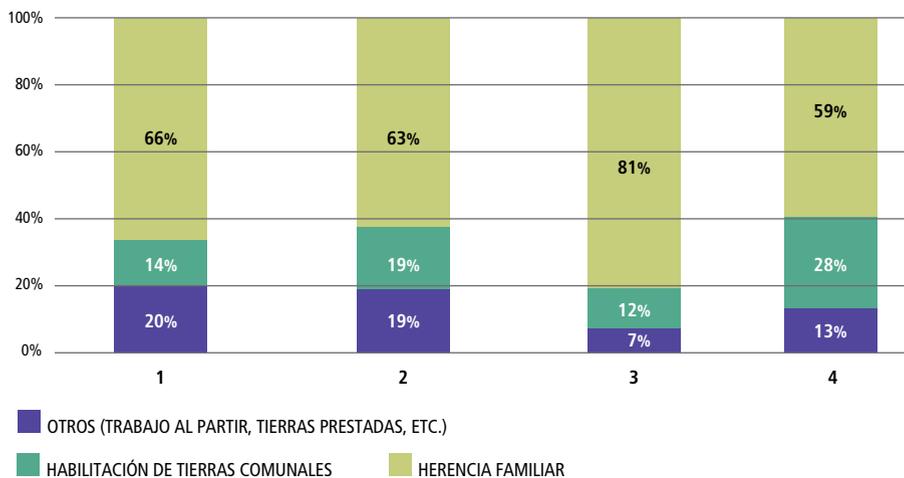
“De los papás nomás viene todo. Los hijos han llegado y los papás les han repartido, pero cuando no había, entonces se han ido pues. Y los papás siguen sembrando, u otros hijos tienen y a ellos les dan” (Cristina, comunidad Aguaquiza, 2020).

“En mi comunidad, creo que solo yo he agarrado terrenos más extensos, que tampoco son tan extensos. Una de mis parcelas mide como 12 hectáreas y la otra, en Agencha, seis. Para mí ha sido sencillo acceder a la tierra, porque yo anteriormente estuve como corregidora. Después también presté mis servicios en la junta escolar, y por todas esas cuestiones en ningún momento me han objetado nada; la verdad no he tenido ningún problema”. (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Hace un tiempito la autoridad nos ha repartido terrenitos, entonces eso tenemos. Al fondo nos ha tocado un pedacito. A todos, pero a cinco hectáreas, a tres hectáreas nomás” (Paulina, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

La encuesta FATE indagó sobre si a futuro la herencia continuaría siendo la principal forma de acceso a la tierra, tomando en cuenta los problemas que conlleva, como la creación de minifundios; y debido a que la obtención de nuevas tierras ya no es una opción común como lo fue durante el auge de la quinua.

Figura 4. Formas de acceso a la tierra antes y después del auge de la quinua



Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta FATE 2015.

La mayoría de los encuestados (44,1 %) señaló que heredaría sus terrenos por partes iguales a sus hijos, mientras que otro grupo (14,4 %) afirmó que el hijo que quiera trabajar sus tierras se quedará con las mismas. Un dato interesante es que el 14 % de los productores aún no sabía a quién y de qué forma heredará sus tierras, mientras que un 10,4 % pensaba heredar o traspasar estos activos a parientes, debido a que sus familiares directos no estaban muy interesados en trabajar en la agricultura (Romero, 2019: 27).

Bajo estos parámetros se ratifica el éxito del Estado al impulsar la implementación del modelo productivo extensivo e intensivo que facilitó el acceso a ingresos, sobre todo de aquellos productores que contaron con capital suficiente para invertir en tecnología y ampliar sus parcelas de producción. Mientras que las asociaciones constituyeron espacios más neutrales, pues si bien fomentaron la adaptación de este modelo, tuvieron como principal objetivo apoyar al pequeño productor y conservar el equilibrio ambiental, a partir de la producción orgánica que resulta más atractiva para los mercados internacionales.

iv) Mujeres y prácticas productivas

La producción de quinua real orgánica se desarrolla en un contexto de grandes dificultades para la comercialización, más aún con la actual caída de precios y la

mayor rigurosidad del mercado internacional en cuanto a la calidad del grano; a esto se debe sumar que la imprevisibilidad del clima pronostica una cada vez más incierta sostenibilidad de la producción agrícola. Desde 2015 el cambio climático se acentúa a mayor velocidad: las estaciones climáticas son más variables con temporadas de temperaturas altas, entre diciembre y marzo, que llegan con lluvias cortas e intensas seguidas de periodos de sequía; mientras las temperaturas bajas, entre junio y agosto, llegan hasta 20 grados centígrados bajo cero.

[Testimonios]

“[La producción] depende de la lluvia, a veces no llueve y no cultivamos, a veces toditos estamos haciendo producir. Como unos tres años atrás casi nada [he cultivado], como una media hectárea, así nomás (...). Cuando llueve sí cultivamos, como ocho hectáreas más o menos, eso es lo máximo (...). Unos 20 quintales [sale por hectárea]. [En año seco] unos 10 o cinco, depende...” (Ana, comunidad Colcha K, 2015).

“Ahora ha llovido, la tierra está bien, porque el año anterior había humedad, pero no había lluvia, y había heladas también. El anteaño pasado ya estaba linda la quinua para cosechar en flor, pero vino una helada y lo ha congelado, no todo, pero una parte. Y la lluvia pues, si hubiera habido lluvia a su tiempo, todo estaría bien...” (Edonia, comunidad San Pedro de Quemes, 2015).

Las sequías suelen ser más comunes y los vientos más nocivos, provocando que los terrenos sufran una profunda erosión. Además, como ya se detalló, las nuevas prácticas adoptadas por los productores durante el auge de precios, como la intensificación de la producción a partir de la disminución de los años de descanso, profundizaron las malas condiciones para la agricultura. Lamentablemente muy pocos productores desarrollaron prácticas de restauración de estos ecosistemas.

[Testimonios]

“Ha habido sequías como hace dos años o más. Hay años que no hay lluvia, hay sequía y ahí no sembramos porque cuando llueve hacemos barbechar, pero cuando no llueve no hacemos nada” (Cristina, comunidad Aguaquiza, 2020).

“Prácticamente hay más calor y el calor es sofocante, más seco. En las parcelas el viento también nos afecta, porque por la erosión de la tierra hay poca

cantidad de lluvias. Como estábamos escuchando de parte de las socias, hay poca humedad en la tierra, prácticamente el cambio climático nos está afectando” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Antes más llovía, ahora no llueve. Hace mucho calor y medio que quiere morir [la quinua sembrada]. Lo seca pues. Cuando llueve está bonito, recupera más, ahora linda está la quinua” (Rogelia, comunidad Santiago K, 2020).

En 2012 el gobierno nacional creó el seguro agrario con el fin de ayudar a los pequeños productores de los municipios más pobres a enfrentar los desastres climáticos. Consta de un monto de indemnización de 1.000 bolivianos (143 dólares) por hectárea de sembradío afectada por fenómenos climáticos, desastres naturales, plagas y enfermedades. Esta medida llegó de forma marginal al altiplano sur, puesto que pocas productoras entrevistadas la conocían. No obstante, también hubo otro tipo de apoyos, sobre todo dotación de maquinarias e insumos.

[Testimonios]

“Sí he escuchado del seguro agrario... Nos han afiliado, pero no ha habido nada. Solo han traído ayuda, la alcaldía nos ha dado semilla de papa para media arroba a los que somos productores, asociados... a algunos han dado como incentivo, pero creo que a otros no” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

“El año pasado recién ha habido apoyo de parte del gobierno central. Yo pienso que ha sido parte de la campaña del presidente. Hemos recibido a un equipo técnico que ha venido a ver desde el Viceministerio. Nos han reunido a Soproqui, Cecaot... había intención de trabajar con los abonos verdes, pero hasta ahora se desapareció, quedó en teoría. Con el gobierno central hasta hemos estado pensando en contar con un Ministerio o Viceministerio de la Quinua, por la importancia. Yo creo que a nivel de Anapqui vamos a tener que ver esta situación” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Por otro lado, Soproqui evalúa la posibilidad de crear un seguro de jubilación para apoyar sobre todo a los productores y productoras de la tercera edad. Sería una pequeña ayuda económica para las temporadas de poca producción y venta. De concretarse este benefició implicaría, sobre todo para las mujeres, una gran oportunidad de mejora en la calidad de vida y garantía de un bienestar mínimo en la etapa final de su vida.

[Testimonio]

“Yo creo que [la sostenibilidad] está en riesgo por el tema del cambio climático. Justamente, estábamos pensando en llevar como propuesta un seguro para los productores de la tercera edad. Entonces tal vez [pueden] pagar un monto económico [periódico como aporte a futuro]. Como venden su quinua, entonces pueden pagar para su jubilación” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Sin duda la producción de quinua orgánica es la que concentra mayores esfuerzos en los últimos años. Los principales objetivos de los productores son el posicionamiento del grano en mercados internacionales que paguen precios altos y, sobre todo, la sostenibilidad de la producción a partir del cuidado del medioambiente. En esta línea, las asociaciones exigen a sus miembros desarrollar actividades que faciliten el mantenimiento e interacción de los ecosistemas naturales, para lo cual se estableció algunas normas como que las parcelas de quinua orgánica deben estar a una distancia no menor de cinco metros de las convenciones, a fin de minimizar el riesgo de contaminación. Técnicos de Soproqui supervisan las parcelas cada ciclo productivo, de tal forma que, al tercer año de registro sin observaciones, un agricultor puede ser admitido como productor orgánico. Esta norma genera rechazo entre los aspirantes, debido a que los tres primeros años no pueden comercializar su producto, con los perjuicios y riesgos que ello implica. (Romero *et al.*, 2017: 11).

Otra norma señala que la habilitación de nuevos terrenos debe priorizar fundamentalmente la prevención de la erosión, por lo que se exige mantener la vegetación nativa (Romero *et al.*, 2017: 11) mediante la producción de plantines de especies arbustivas adaptadas a la zona. Esta labor es poco atractiva para algunos productores por el tiempo y costo, además de que choca directamente con el modelo de ampliación de la frontera agrícola consolidado durante el auge de la quinua.

En gran parte de las comunidades la producción de quinua, que tiene solo una cosecha anual, se realiza por medio de mantos o terrenos de rotación que se encuentran situados a distintas alturas, desde la planicie, pasando por las laderas y pendientes, hasta tierras altas. La rotación se realiza cada dos años, aproximadamente, y tiene por finalidad lograr un manejo sostenible de los suelos. Las productoras señalan que el cultivo rotativo de mantos sigue siendo una de las

principales estrategias para la conservación y cuidado de la tierra. No obstante, algunas solo dejan descansar los terrenos un año y alegan que con una buena preparación y barbecho del terreno es suficiente, sobre todo cuando se utilizan abonos naturales ya sean vegetales y/o animales.

[Testimonios]

“Hago descansar los terrenos como dos años, a veces varios años. En un lado hago descansar dos años y después en el otro lado otros dos años (...). Hay que hacer barbechar, luego hay que hacer dormir como por un año; no hay que sembrar mientras; al año siguiente, otra vez se hace barbechar y ahí recién” (Cristina, comunidad Aguaquiza, 2020).

“Yo hago descansar nada más que un año. Decimos que es un año, pero tampoco es un año, meses son...” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Respecto al manejo y control de suelos, según Aroni y Cossío (2006), la fijación simbiótica de nitrógeno suele ser una de las alternativas para garantizar el buen nutrimento, especialmente cuando se utilizan especies de leguminosas en rotaciones de cultivo. Una de las propiedades importantes de las leguminosas es la fijación del nitrógeno atmosférico, mediante una reacción química de reducción de amoníaco que pasa directamente a la circulación de la planta, lo que contribuye significativamente a mejorar las propiedades físicas, químicas y biológicas del suelo, reduciendo la erosión y ayudando a un control eficiente de las malezas. Por este motivo la asociación recomienda que la siembra de quinua se realice utilizando semilla nativa y orgánica, ya sea en forma manual o mecanizada; si es con maquinaria, se sugiere que se haga en sentido transversal a la pendiente, teniendo cuidado de no compactar el terreno (Romero *et al.*, 2017: 12).

En los años 80, cuando los productores empezaron a relacionarse con mercados internacionales, el rendimiento por hectárea podía llegar a entre 30 y 37 quintales de quinua; sin embargo, con el auge de los precios y el cambio climático cada vez más intenso, los rendimientos descendieron considerablemente. Las productoras entrevistadas señalan que la eliminación de barreras vivas afectó en gran medida por la generación de desequilibrios en el ecosistema. La eliminación de las tholas, además, privó de una materia prima tradicional para la elaboración de abonos y pesticidas naturales.

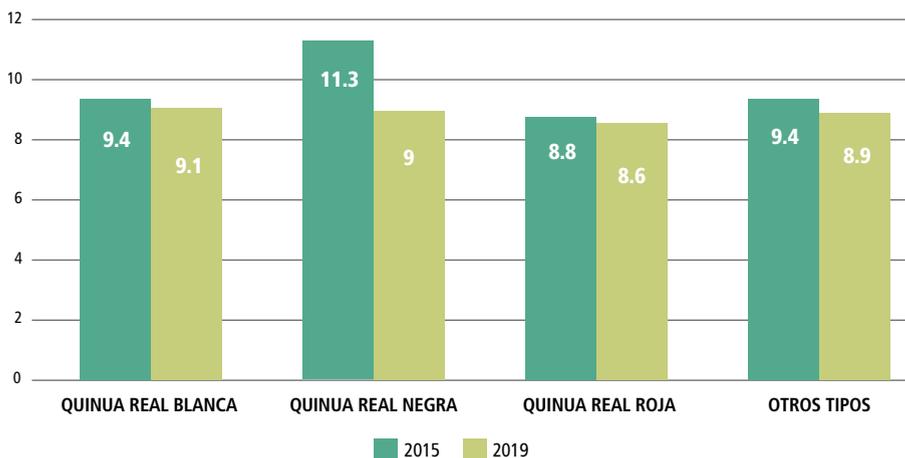
[Testimonios]

“Si no hay barreras vivas, el viento lleva la tierra fina y lo entierra todo. Entonces ahí nomás se queda. Yo tengo en todas mis chacras barreras vivas” (Rogelia, comunidad Santiago K, 2020).

“Dos años hay que dejar cada parcela y en esos dos años se llena de thola, y entonces eso es lo que nos sirve de abono. Hay algunas parcelas que yo tengo de antes que están llenas de thola, entonces eso lo vuelvo a sacar; pero eso sí, hay que hacer tractorear ya faltando un año, cosa que esa thola se vuelva a cubrir” (Paulina, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

Esta información se corrobora en la encuesta FATE, que muestra que en 2015 se obtenía alrededor de 510 kg/ha, lo que es igual a 11,1 qq/ha (Romero, 2016: 22). Sin embargo, en 2019 el rendimiento promedio de la quinua se redujo a 9,4 qq/ha debido, principalmente, al ataque de plagas y la frecuencia de eventos climatológicos adversos como heladas o vientos fuertes (Romero, 2019: 21). La figura 5 muestra el rendimiento promedio comparado de 2015 y 2019, de las distintas variedades de quinua cultivadas en la región:

Figura 5. Rendimiento promedio según tipo de quinua cultivada (2015-2019)



Nota: en qq/ha.

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta FATE 2019.

Otra actividad prioritaria para la producción orgánica es el control de plagas, que se realiza de modo preventivo y generalmente con pesticidas naturales o trampas artesanales. No obstante, como lleva mucho tiempo, algunas familias recurren a otros suplementos proporcionados por Soproqui. Las productoras señalaron que muchos cometen el error de aplicar los pesticidas demasiado tarde, cuando la planta ya se ha desarrollado y ya está invadida por las plagas. En su desesperación, hay quienes recurren a sustancias químicas que, según denuncias, se vende como quinua convencional en el mercado negro.

[Testimonios]

“Yo pienso que en lo que nos estamos equivocando los productores es en que no sabemos aplicar [el pesticida] en el momento exacto. Cuando recién está apareciendo y no hay plagas, ahí hay que poner. Hay experiencias que los compañeros productores comparten y nosotros siempre estamos preguntándoles, por lo que uno tendría que saber cuándo exactamente tiene que aplicar, [pesticidas]. Cuando aplicas tarde el Intrust o el Saqra ya no hacen efecto porque las larvas están grandes. Nosotros, por ejemplo, no tenemos insumos graduales, por así decir, sino solo esos dos” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).



Foto 5: Productores en un taller de elaboración de pesticidas con especies vegetales nativas en 2015. Crédito: Daniela Romero (2015).

En cuanto a la diversidad genética de la zona, las normas señalan que se debe realizar una selección artesanal de la semilla cada ciclo agrícola; sin embargo, las variedades cultivadas se han reducido debido a la mayor demanda de las quinuas blanca, roja y negra. Asimismo, se recomienda que el corte se realice con herramientas manuales a una altura mínima de diez centímetros por encima del suelo, con el fin de que las raíces de la planta no se remuevan y se preserve la fertilidad del suelo (Romero *et al.*, 2017: 13).

Asimismo, también está normada la tenencia de por lo menos 15 cabezas de ganado por hectárea, a fin mantener el equilibrio ambiental, la biodiversidad y la capacidad de carga de los terrenos y en el entendido de que la utilización de abono natural es la mejor alternativa para elevar la efectividad del cultivo y lograr una cosecha abundante. No se debe olvidar que la producción debe ser cien por ciento orgánica, aunque implique mayores gastos y tiempo.

[Testimonio]

“En la asociación exigen que [la planta, a la hora de la cosecha] tiene que ser cortada para que no tenga muchas piedras, mientras que el arrancado para nosotros es más fácil y más rápido. No estamos acostumbrados a cortar; manipular la quinua no es tan fácil, se desparrama cuando es cortada, mientras que cuando es arrancada la raíz agarra. Y de ahí, una vez que ya está arrancada la quinua, seleccionamos” (Lourdes, comunidad Calcha K, 2015).

Evidentemente persiste una pugna entre los que producen de manera orgánica y los que recurren a modos convencionales, siendo estos últimos responsables de que muchas veces la quinua acopiada por Soproqui esté contaminada, lo que afecta a la colectividad en su objetivo de expandir el modelo orgánico y tener una oferta competitiva.

[Testimonios]

“Ser productores orgánicos es el principal requisito para estar en Soproqui, porque el mercado internacional lo que ahora está buscando es el producto orgánico. Entonces, precisamente por eso estamos [buscando] que todos los que siembren quinua en la región sean [productores] orgánicos” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Hay vecinos que producen así, con químicos. De mí siempre ha sido orgánica. Este año nomás les dije que no lo metieran, pero lo habían metido y sabía que estaba contaminado. Había sobrita en el silo del fumigador, yo no lo he vaciado y se han ido rápido los trabajadores; ahí mismo seguro me lo han echado, eso puede ser y también la chacra de al lado, del vecino. Nos castigan tres años, tres años no nos reciben” (Flaviana, comunidad Keluyo, 2020).

“Esos otros no son productores, vivían en Cochabamba. Ellos fumigan con esos [químicos] que no sé cómo se llaman, me han encargado para que les mande, pero no he encontrado, no le he mandado, no conozco (...). A los que están cerca, a los vecinos, donde está cerca la parcela, ahí más puede afectar [el químico], hace doler la cabeza, una vez he sentido. Por ahí paso y están fumigando y fuerte es. Fumigando hacen producir otros, sin fumigar ya no da, de nosotros no fumigamos y no da, a veces, algunos años da poquito, pero no fumigamos, a veces sale un poquito en la quinua, eso nomás un poquito fumigamos” (Rogelia, comunidad Santiago K, 2020).

Como señala Van der Ploeg, la mejora del medioambiente y la gestión de la naturaleza implican procesos de aprendizaje y coordinación, por lo que la construcción de sostenibilidad requiere de la cooperación regional para revertir exitosamente las fricciones y limitaciones inherentes a los conjuntos de reglas generales definidos por sistemas convencionales y el Estado. En el caso de los productores de quinua, la asociación siempre fue una aliada en el cumplimiento y reforzamiento de las normas comunales, así como en los mecanismos de inclusión de productores. El autor afirma que las organizaciones regionales, en este caso, las asociaciones de productores, representan un desvío de los sistemas expertos hacia las habilidades innovadoras de los campesinos, puesto que pueden convertirse en laboratorios de campo en los que se desarrolla, comprueba, implementa, evalúa y mejora los medios locales más adecuados para solucionar nuevos problemas globales como la crisis ambiental.

Por último, cabe remarcar que al tener otras actividades además de la quinua, muchos productores no están del todo comprometidos con la producción orgánica. Esto se explica en que la caída de los precios les obligó a buscar otras fuentes de ingresos, lo que va en desmedro de su dedicación a la producción y su interés por conservarla puramente orgánica.

[Testimonios]

“Como que no hay muchos interesados, aunque hay jóvenes más o menos de mi edad... pero parece que la mayoría nos dedicamos a otros rubros más. Eso es posiblemente ¿no? Yo creo que hay que empezar a concientizar a todos los productores para que puedan hacer su aporte social para ver más adelante el retorno, cuando ya estén más cansados. Pienso que es la única alternativa de poder mejorar su calidad de vida cuando estén más ancianos” (Elizabeth, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

“Yo considero que, si no baja o si se mantiene [el precio de la quinua] sí va a seguir habiendo producción. Pero si no le damos su valor como debe ser, de repente ya no se cultiva mucho y mucha gente se olvide, o solo produzca un poquito para consumo y de repente se da otra alternativa [como cría] de ganado y otras cosas” (Marisol, comunidad San Pedro de Quemes, 2020).

En el caso de los productores jóvenes, la posibilidad de continuar con la producción de quinua es menos probable, puesto que muchos salieron de sus comunidades para trabajar o estudiar en diferentes ciudades. En este contexto, Soproqui asumió la responsabilidad de concientizarlos para mantener la producción orgánica y ecológica; sin embargo, el reto es grande y está latente la posibilidad de que las actuales sean las últimas generaciones dedicadas a la producción de quinua. Su sostenibilidad dependerá, entonces, de la capacidad de las asociaciones de productores y de las autoridades comunales de restaurar determinadas normas que incluyan la recuperación de suelos y las prácticas culturales como la elaboración de pesticidas naturales y la conservación de barreras vivas, con el fin de reducir la erosión eólica de la tierra. Sin duda esta no es una tarea fácil, porque con la actual crisis es cada vez más complicado convencer a los productores de adaptar medidas que implican más tiempo y dinero.

No obstante, considerando que esta sigue siendo la principal actividad económica de la región, se prevé que el regreso a las prácticas culturales terminará por ser imperativo para mantener la sostenibilidad no solo económica sino también ambiental. En el caso específico de las mujeres, se impone una revalorización de sus conocimientos ancestrales, así como decantarse en la promoción de la producción orgánica, labor compatible con su rol de administradoras del hogar y sus eventuales gestiones como autoridades.

6. Reflexiones finales

Las mujeres fueron siempre participantes activas del proceso de producción agrícola, no con su trabajo en distintas etapas del mismo, sino también desde sus labores en el hogar. No obstante, los auges o bonanzas económicas de ciertos productos, como es el caso de la quinua en el altiplano sur boliviano, les brindan la oportunidad de mejorar su situación y las visibilizan como actores no solamente productivos, sino también como impulsoras de conocimientos tradicionales y estrategias particulares derivadas y concernientes, precisamente, de sus tradicionales funciones domésticas. El auge de la quinua, por lo demás, fue un gran impulso para movilizar a las mujeres del altiplano sur en la búsqueda de nuevas estrategias para lograr una producción sostenible, no solo a nivel económico sino también ambiental.

El rol de las mujeres avanza en diferentes dimensiones: económica, social, política y cultural. Empero, a la par que crece su empoderamiento como productoras, también lo hacen sus obligaciones y es en este punto en el que algunas desigualdades siguen prevaleciendo, ya no solo en relación a los hombres, sino también entre mujeres con diferentes recursos y posibilidades. Entonces, aunque las condiciones mejoraron en los últimos años –de la mano de políticas nacionales de equidad de género– no todas las desigualdades desaparecieron; es más, algunas se profundizaron debido a las falencias socioculturales estructurales que impiden una distribución igualitaria e inclusiva de recursos materiales e inmateriales.

Si bien las mujeres lograron alcanzar mayor participación en diversas esferas, no todas pueden ejercer sus derechos de la misma manera, una vez más, debido a sus responsabilidades tradicionales, prácticamente ineludibles, que limitan su campo de acción. Esta situación se da sobre todo en lugares con poblaciones más envejecidas, con menores niveles de educación e ingresos menos diversificados. Estos factores las hacen más dependientes y vulnerables en momentos de crisis, a la vez que reducen sus opciones de desarrollarse en otras esferas, como es el caso de la política, que requiere mayores niveles de instrucción e incluso capital financiero. En esta situación, las mujeres son más indefensas ante el deterioro de las condiciones ambientales que afectan directamente a su modo de vida y producción.

Las mujeres productoras siguen siendo las principales administradoras del hogar, sin embargo, participan cada vez más en las instituciones sociales y políticas, son electas autoridades y aportan en diferentes emprendimientos (sobre todo a nivel

local, aún muy pocas dieron un paso hacia lo regional o nacional). Junto con el aumento de sus responsabilidades, crece su capacidad de conciliación entre las distintas esferas en las que se desenvuelven.

Las mujeres rurales son responsables del cuidado de sus hijos, de la seguridad alimentaria, de la diversificación de ingresos, de la producción agrícola, de la comercialización, de la resolución de conflictos, de la proposición de alternativas, de conservar sus recursos, de transformar sus productos, de buscar fuentes alternativas de agua, de conocer los pesticidas más efectivos o, en el mejor de los casos, prepararlos; de definir la posible contratación y roles de trabajadores y de alimentarlos, entre mucho más. Si bien muchas de estas actividades y conocimientos las comparten con los hombres, su mayor responsabilidad en el hogar les brinda el poder de comprender su entorno de una manera más integral.

Con el auge del precio de la quinua, la igualdad en el acceso a la tierra se hizo más evidente, sobre todo desde un enfoque de género. Sin embargo, también se fomentó la aparición de nuevas formas ilegítimas de apropiación, como el acaparamiento de tierras que genera grandes conflictos y desigualdad de oportunidades, así como daños a los ecosistemas. En este contexto, pasado el auge, la sostenibilidad de la quinua depende de la capacidad de las asociaciones de productores y de las autoridades comunales de restaurar determinadas normas comunales que incluyan la recuperación de suelos y las prácticas culturales, tales como la elaboración de pesticidas con especies nativas y la conservación de barreras vivas.

Considerando que esta sigue siendo la principal actividad económica de la región, ya se puede evidenciar un retorno paulatino a las prácticas tradicionales y se prevé que a futuro esto sea imperativo para mantener la sostenibilidad, no solo económica sino también ambiental, por lo que el rol de las mujeres en este proceso es fundamental.

Por parte del Estado, los desafíos siguen siendo facilitar el trabajo de los productores con la apertura de mercados nacionales e internacionales; consolidar la transformación y exportación de estos productos; invertir en tecnología e incentivos ante las adversidades climáticas; generar programas de recuperación de ecosistemas y, sobre todo, mejorar la efectividad de las políticas productivas en torno a la quinua. Es fundamental que el Estado coadyuve a los productores a alcanzar niveles altos de competencia con otros países; ya no solo en cuanto a rendimien-

tos, sino sobre todo en cuanto a la calidad del producto. Por consiguiente, es necesario que diversos niveles políticos y productivos se convengan de que en el caso de la quinua es esencial adoptar el modelo de producción de la agricultura familiar, que no es nociva con el medioambiente y fomenta el desarrollo de las poblaciones más vulnerables. Este sistema, además de poder alcanzar producciones a gran escala y ser compatible con la tecnología, garantiza la recuperación y conservación de conocimientos y prácticas agrícolas ancestrales.

Bibliografía

- AVSF. (2014). *Quinua y territorio. Nuevos desafíos. Gobernanza local y producción sostenible de quinua real en Bolivia*. La Paz: Unión Europea / Agencia Francesa de Desarrollo / RURALTER.
- Agarwal, Bina. (2016). El debate sobre las relaciones entre género y ecología: conclusiones desde India. En *Mientras Tanto*, No. 65, 37 -59, 65.
- (2004). El debate sobre género y medio ambiente: lecciones de la India. En *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género*, 50.
- Argandoña, J. y Núñez, J. (2019). “Normas comunales y sustentabilidad en la producción de quinua en el altiplano sur de Bolivia”. En *Cuaderno de Trabajo No. 8*. La Paz: CIDES/UMSA.
- Aroni, G. y Cossío, J. (2006). *Manejo de los recursos suelo y agua. Programa de Apoyo a la Cadena Quinua, Altiplano Sur*. La Paz: Fundación PROINPA, pp 102.
- Barrientos, E. *et al.* (2017). The sustainability of the southern highlands of Bolivia and its relationship with the expansion of quinoa growing areas. En *Idesia* (Arica), 35(2), 7-15. Epub May 13, 2017. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34292017005000025>
- Barrientos, S. (2007). *Female Employment in Agriculture: Global challenges and global responses*. Working paper. Brighton: Institute of Development Studies University of Sussex.
- Biermayr-Jenzano, P. (2016). *Género y sistemas agroalimentarios sostenibles. Estudios de caso: yuca, quinua, maíz y algodón*. Santiago de Chile: FAO.
- Damonte, G. (2016). Restricciones y trampas al crecimiento territorial. El caso de dos territorios andinos del Perú. En *Trampas Territoriales de Pobreza, Desigualdad y baja Movilidad Social: los casos de Chile, México y Perú*. México: RIMISP, pp. 339-378.

- Díez, A. (2014). Cambios en la ruralidad y en las estrategias de vida en el mundo rural. Una relectura de antiguas y nuevas definiciones. En *SEPIA XV: El problema agrario en debate*, pp. 19-85.
- Flores, K. (2011). La agro-exportación no tradicional en el país de las maravillas. Condiciones de trabajo y derechos laborales de las mujeres. En *Mujer Rural: Cambios y Persistencias en América Latina*. Lima: CEPES.
- FAO. (2010). Decent rural employment: key for poverty reduction and food security. Consultado el 5 de agosto de 2019. Recuperado de <http://www.fao.org/3/ba0065e/ba0065e00.pdf>.
- FIDA. (2011). *Informe sobre la Pobreza Rural. Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos desafíos para la generación del mañana*. Roma: FIDA. (7 de agosto de 2019). Recuperado de https://www.ifad.org/documents/38714170/39150184/Rural+Poverty+Report+2011_s.pdf/38d738ed-a005-42b8-ba40-5964a4009533
- Gandarillas, A., et al. (2013) La quinua en Bolivia: perspectiva de la Fundación PROINPA. En *Estado del arte de quinua en el mundo en 2013*, 410-519.
- IICA. (2016). Producción y mercado de la quinua. IICA Bolivia. Editado por: Juan Risi, Wilfredo Rojas, Mauricio Pacheco. La Paz. (pp.308).
- Ismar, G. (2017) La maldición del boom: drástica caída de precios de la quinua de exportación. (11 de julio de 2017) Recuperado de http://correodelsur.com/capitales/20170711_la-maldicion-del-boomdrastica-caida-de-precios-de-la-quinua-de-exportacion.html.
- Jacobsen, S. (2011). La producción de quinua en el sur de Bolivia. Del éxito económico al desastre ambiental. En *Revista de agronomía y ciencias agrarias*, Vol. 197, número 5, 390-399.
- Jelin, E. (2014). Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza. Realidades históricas, aproximaciones analíticas. En *DesiguALdades.net Working Paper Series 73*.
- Laguna, P. (2011). Mallas y flujos: Acción colectiva, cambio social, quinua y desarrollo indígena en los Andes bolivianos”. Tesis de doctorado. Wageningen: Wageningen University, 516.
- Lastarria-Cornhill, S. (2008). *Feminization of Agriculture: Trends and Driving Forces*. Ottawa: IDRC.
- Neri, J. P. (2017) Quinua y campesinado. Articulación capitalista en un contexto rural boliviano. Tesis de maestría. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Risi, J. *et al.* (2015) *Producción y mercado de la quinua*. La Paz: IICA Bolivia.
- Romero, A. (2016) Resultados de la encuesta “Feminización, transformación agraria y empleo rural - FATE en comunidades de la provincia Nor Lipez y Antonio Quijarro del departamento de Potosí. Ciclo 2014-2015”. En *Cuaderno de Trabajo No. 2*. La Paz: CIDES-UMSA.
- Romero, A. *et al.* (2019) Resultados de la segunda Encuesta ‘Feminización, transformación agraria y empleo rural - FATE, en comunidades productoras de quinua del departamento de Potosí. Ciclo 2017-2018’. En *Cuaderno de Trabajo No. 12*. La Paz: CIDES-UMSA.
- Romero, A. *et al.* (2017) Características de la producción y comercialización de quinua orgánica en la Sociedad de Productores de Quinua Real Ecológica (Soproqui). En *Cuaderno de Trabajo No. 4*. La Paz: CIDES-UMSA.
- Romero, D. (2016) Auge económico y empoderamiento de las mujeres. Analizando los factores que empoderan a las productoras de Soproqui y Arpaiamt”. Tesis de Maestría. CIDES, UMSA.
- Van der Ploeg, J. D. (2010) Nuevos campesinos. Campesinos e imperios alimentarios. En *Sociología, 2012*, vol. 343, 351.
- Winkel, T. *et al.* (2012) The sustainability of quinoa production in southern Bolivia: from misrepresentations to questionable solutions. Comments on S. Jacobsen (2011), *J. Agron. Crop Sci.* 197: 390399. *Journal of Agronomy and Crop Science*, 398, 314-319.
- Winkel, T. *et al.* (2014) Altiplano sur de Bolivia. Capítulo 5.1.b. En *Estado del arte de quinua en el mundo en 2013*. (pp. 432-449). Santiago: FAO.
- Wiskerke, J.S.C. *et al.* (2003) Rethinking environmental management in Dutch dairy farming: a multidisciplinary farmer-driven approach. En *Special issue of NJAS — Wageningen Journal of Life Sciences*, vol 51.